

El Camino Hacia

Una Nueva Vida

- No es dinero, poder, o afectos humanos lo que usted necesita. Lo que usted más necesita es aceptar a Dios.
- Drogas, alcohol, tabaco, temperamento, sobre peso y depresión son cosas que usted necesita investigar.

INTRODUCCIÓN

Si las enseñanzas de la palabra de Dios fuesen la influencia controladora en cada hombre y mujer, si la mente y el corazón fuesen colocadas bajo su poder restringidor, los males que ahora existen en la vida nacional y social no existirían. En conformidad con los requerimientos divinos existe un poder transformador que trae paz y buena voluntad entre los hombres.

Cuando Jesús estaba al lado en una montaña desconocida al lado del lago Genesaret, pronunció palabras de bendición para sus discípulos y para la multitud. En aquellos días el espíritu de la verdadera devoción se había perdido entre la tradición y el ceremonialismo.

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados”. Mat. 5:6.

¿Colocó Jesús el énfasis en el lugar errado? ¿Por qué no dice: “Bienaventurados son los justos?”.

Alabado sea Dios ya que Él colocó el énfasis sobre aquellos que tienen hambre y sed de justicia. Eso resume las necesidades de la mayoría de nosotros.

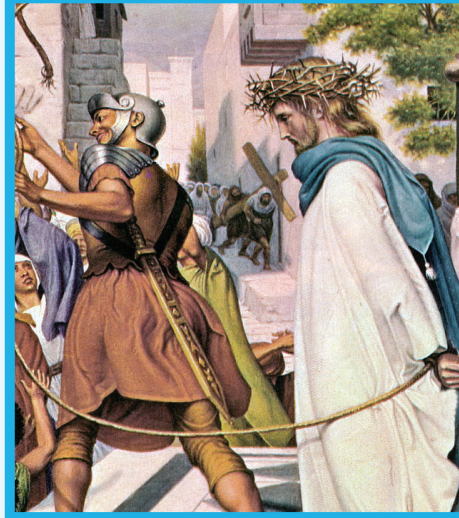
El propósito práctico de Jesús es tan radical, que vuelven nuestras nociones de Dios y de su justicia en bendiciones sobre nuestras cabezas. Él bendice lo que la mayoría de nosotros maldeciría.

De acuerdo con Jesús cuando nosotros nos acercamos al reino es mejor que lo hagamos vacíos en vez que llenos.

Somos tentados a pensar que la justicia es la condición en la cual debemos estar para ser bendecidos.

Jesús dice lo opuesto. La justicia es la bendición y el hambre es la precondition.

No podemos trabajar para obtener la justicia de Cristo. Aun si quisiéramos tra-



bajar para obtenerla, no tendríamos fuerzas suficientes para conseguirla. Si quisiéramos comprarla, no tendríamos suficiente dinero como para hacerlo. No podemos obtenerla a través de un préstamo. La única manera de obtener la justicia es recibéndola.

Necesitamos estar atentos. Así como en los días de los apóstoles los hombres trataron de destruir la fe en las Escrituras, así es hoy en día, a través de los agradables sentimientos de la alta crítica, del evolucionismo, del espiritismo, de la teosofía, y del panteísmo, el enemigo de la justicia está tratando de conducir a las almas por caminos prohibidos.

Hay un camino mejor: “Pero la sabiduría que viene de lo alto, primero es pura, después pacífica, modesta, benigna, llena de misericordia y buenos frutos, imparcial y sin hipocresía. Y el fruto de justicia se siembra en paz, para los que procuran la paz”. Santiago 3:17-18.

La justicia y la fe van juntas. La justicia es hacer lo correcto, y es por sus obras que todos serán juzgados. Nuestros caracteres son revelados por lo que hacemos. Las obras muestran si la fe es genuina o no lo es.

¿Es importante la justicia? La justicia es el fundamento del trono de Dios. De Jesús se dice: “Amaste la justicia, y aborreciste la maldad. Por eso te ungió Dios, tu Dios, con óleo de alegría sobre tus compañeros”. Heb. 1:9.

- Hay respuestas que no son demasiado complicadas. He aquí lo que usted ha estado esperando: ¡paz con Dios!
- ¿Cómo puede usted tenerla? ¿Cómo puede usted encontrarla? ¿Cómo puede ser aceptado por Él? ¿Cómo puede usted permanecer cerca de Él?

LA BIBLIA ES LA PALABRA DE DIOS

En la Biblia se define todo el deber del hombre. Salomón dice: “Temed a Dios y guardad sus Mandamientos: porque esto es todo el deber del hombre”. Ecle.12:13. La voluntad de Dios está revelada en su palabra escrita. No habrá ninguna excusa para que alguien no esté en el cielo debido a un mal entendido de las Escrituras.

En la Biblia es declarado todo principio vital, todo deber es aclarado, toda obligación es hecha evidente. Todo deber del hombre se resume en el Salvador. Él dice: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y toda tu mente. Este es el primero y el mayor Mandamiento. Y el segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Mat. 22:37-39.

El don de la vida eterna es prometido bajo la condición de una fe salvadora en Cristo. El poder de atracción del Espíritu Santo es señalado como un agente en la obra salvadora del hombre. La recompensa del fiel, el castigo del culpable, están mostrados en líneas claras. La Biblia contiene la ciencia de la salvación para todos aquellos que quieran escuchar y cumplir las palabras de Cristo.

El apóstol dice: “Toda Escritura es inspirada por Dios, y es útil para enseñar, reprender, enmendar e instruir en justicia, para que el hombre sea perfecto, cabalmente instruido para toda buena obra”. 2 Tim. 3:16-17.

Con el creciente desprecio hacia la ley de Dios hay una creciente aversión hacia la religión, un aumento del orgullo, un amor hacia el placer, una desobediencia hacia los padres y hacia la autoindulgencia y así las mentes están constantemente inquiriendo lo que debiera hacerse para corregir estos alarmantes males. La respuesta se encuentra en la exhortación de Pablo a Timoteo: “Predicad la palabra”.

Solamente en la Biblia se encuentran los principios seguros de acción. Ella es una transcripción de la voluntad de Dios, una expresión de la sabiduría divina. Ella le abre al entendimiento humano los grandes problemas de la vida, y para todos aquellos que quieran escuchar sus preceptos se convertirá en un guía infalible, guardándolos de desperdiciar sus vidas en esfuerzos errados.

Con incontestables argumentos Pablo coloca delante de las personas el privilegio de volverse hombres y mujeres libres en Cristo; a través de su gracia expiatoria muchos han sido vestidos con el manto de la justicia de Cristo. En sus vidas fueron revelados los frutos del espíritu – “amor, alegría, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y temperancia”. (Gál. 5:22-23).

¿Qué es Justificación por la Fe?

Un residente de nuestro pueblo dice que él lee la Biblia todos los días porque él quiere ser semejante a Jesús. Ser semejante a Jesús produce algo. Y ese algo es “justicia”.

Este asunto de la “justicia”, en pocas palabras, es santidad, semejanza con Dios. Es conformidad con la ley de Dios; porque “todos tus mandamientos son justicia”. Salmos 119:172. La justicia de Dios está personificada en Cristo. Nosotros recibimos justicia recibiendo a Él. No se obtiene la justicia por dolorosas luchas ni tediosos y duros trabajos, ni por regalos o sacrificios; sino que es libremente obtenida por cada alma que tiene hambre y sed de recibirla. Así como el cuerpo está continuamente recibiendo la nutrición que sostiene la vida y el vigor, así el alma tiene que estar constantemente en comunión con Cristo. Cuando el alma busca a Dios un elemento divino se combina con lo humano.

Estas sentencias están llenas de

significado y debiéramos meditar en ellas hasta que consigamos discernir completamente su significado. La justicia, la cual es santidad, semejanza con Dios, conformidad con la ley de Dios, es recibida recibiendo a Cristo. Esto es la propia simplicidad.

El elemento humano es el único eslabón débil en toda la cadena, porque el amor de Dios lo previene de recibir la justicia de otro hombre. El hombre tiene que recibirla por su propia voluntad. Es un Don, pero el hombre tiene que buscar a Dios, tener hambre y sed de justicia.

La justificación por la fe no es meramente una teoría o una doctrina, sino que es un poder viviente que se posesiona en el alma dándole gracia capacitadora o poder para ser semejante a Cristo.

En el tiempo de Cristo, el mayor engaño de la mente humana consistía en creer que un mero asentimiento a la verdad constituía la justicia. En toda experiencia humana, un conocimiento teórico de la verdad ha demostrado ser insuficiente para salvar el alma. No produce frutos de justicia. Los capítulos más sombríos de la historia están cargados con el recuerdo de crímenes cometidos por fanáticos religiosos. Los fariseos se llamaban hijos de Abrahán y se jactaban de poseer los oráculos de Dios; pero estas ventajas no los preservaban del egoísmo, la malicia, la codicia de ganancias y la más baja hipocresía. Pensaban ser los mayores religiosos del mundo, pero su así llamada ortodoxia los condujo a crucificar al Señor de la gloria.

Si creemos en Dios poseemos la justicia de Cristo; nos hemos apoderado de su fuerza. La promesa es: “A no ser que se refugien en mí, y hagan conmigo paz. Sí, hagan paz conmigo”. Isa. 27:5. Nosotros hablaremos con nuestro Salvador como si Él estuviera juntamente a nuestro lado. Debíamos mantener nuestras mentes

fijas en Él. Debíamos mantener una comunión con Él mientras andamos y mientras nuestras manos están ocupadas con el trabajo.

La justificación por la fe significa que la fe alcanza el trono de Dios, que lo capacita a uno a “ver a aquel que es invisible” (Heb. 11:27), y a aceptar el poder extendido por Dios para el desarrollo del carácter de tal manera que se vuelva semejante al de Jesús.

La extensión del crecimiento del carácter depende de la naturaleza continua del ejercicio de la fe. La comunión vital de la mente con Dios tiene que ser mantenida. Un tren eléctrico podrá llegar a su destino solamente si se mantiene continuamente conectado con el suministro de energía eléctrica. Los que tienen hambre y sed de justicia deben buscar a Dios continuamente para que el carácter sea entretejido como un manto en el telar del cielo. Cuando el alma busca así a Dios, el poder fluye continuamente desde Dios hasta que el carácter es hecho justo y se conforma a la ley de Dios, la cual es la norma de la justicia.

La justificación por la fe es representada por el llevar un vestido puro, el cual ha sido tejido en el telar del cielo. (Ver Apoc. 3:4-5, 18; 16:15; 19:8).

En la Biblia el vestido de bodas representa el carácter que todos tienen que poseer para ser considerados aptos para las bodas. En la parábola del vestido de bodas (Mateo 22), el Señor ha enfatizado que existe una preparación que tiene que ser hecha por todos los que asistan a la fiesta. Los que negligencian ésta preparación son lanzados fuera. El destino de todos los que negligencian este trabajo de preparación, de construir un carácter, es ilustrado a través del hombre que es mostrado en la parábola como estando sin “vestidos de bodas”, y él fue lanzado fuera y destruido. A través de la vestidura de bodas de la parábola es representado el carácter puro

y sin mancha que los verdaderos seguidores de Cristo poseerán.

A la iglesia le es dada “Que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente, porque el lino fino representa las obras justas de los santos”, “para presentarla para sí, una iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga, ni cosa semejante; antes, que sea santa e inmaculada”. Apoc. 19:8; Efe. 5:27. Es la justicia de Cristo, su propio carácter inmaculado, que a través de la fe es impartido a todo aquel que lo recibe como su salvador personal... esta vestidura, el manto de su propia justicia Cristo lo colocará sobre toda alma arrepenida y creyente. Él dice: “Por lo tanto, te aconsejo que compres de mí: oro afinado en fuego, para que seas rico; vestidos blancos, para cubrir la vergüenza de tu desnudez; y colirio para unguir tus ojos y puedas ver”. Apoc 3:18. Este manto, tejido en los telares del cielo, no posee una hebra de invención humana.

Cuando nos sometemos a Cristo, el corazón se une con Su corazón, la voluntad se fusiona con Su voluntad, la mente llega a ser una con Su mente, los pensamientos se sujetan a Él; vivimos Su vida. Esto es lo que significa estar vestidos con el manto de Su justicia. Entonces, cuando el Señor nos contempla, Él ve no el vestido de hojas de higuera, no la desnudez y deformidad del pecado, sino Su propia ropa de justicia, que es la perfecta obediencia a la ley de Jehová.

Abramos nuestras biblias para ver lo que significa justificación por la fe y cómo es obtenida.

Fe es una conexión viva con Dios; la mano de la fe alcanza el trono de Dios donde Jesús, el gran Sumo Sacerdote, media solo entre Dios y el hombre (1 Timoteo 2:5).

Allí Él efectúa una continua intercesión por todos aquellos que van a Dios a través de Él (Rom. 8:35; Heb. 7:25).

Desde aquel trono “de la Ma-

jestad en las alturas”, donde Él “sustenta todas las cosas con la palabra de su poder” (Heb.1:3) desde aquel “trono de la Majestad en los cielos” (Heb.8:1), Él dispensa misericordia y ayuda (Heb. 4:16).

Es en Su capacidad como Sumo Sacerdote que Él le da a Su pueblo poder para vencer el pecado (1 Cor. 15:57; Apoc. 3:21); ese poder fluye desde Él como una corriente viva hacia todos aquellos que efectúan una conexión viva con Él por la fe. Esa conexión tiene que existir con Él, o si no, no será recibido ningún beneficio.

Para ilustrar esta verdad vital, el Señor predominó en las circunstancias relacionadas con la cura de la mujer afligida que “padecía de flujo de sangre desde hacía doce años. Había sufrido mucho de muchos médicos, y había gastado todo lo que tenía, sin ningún provecho; antes iba peor”. Mar.5:25. Habiendo oído sobre los milagros que hacía Jesús, ella creyó que Jesús la podía sanar. Ella había tratado en vano alcanzar a nuestro Señor, pero Jesús que conoce a todos los que están en el mundo y que sabía que esta mujer estaba deseando encontrarse con Él y experimentar Su poder sanador, vio que Él pasaba cerca de ella. Él estaba pensando no tan solamente en cómo responder la oración de esta mujer, sino que Él vio en esto una oportunidad para demostrarle claramente a Su pueblo la vital lección de hacer un contacto con Él, la Fuente de todo poder.

Así también es en las cosas espirituales. Hablar de religión de un modo casual, orar sin tener hambre en el alma ni una fe viva, no sirve de nada. Una fe nominal en Cristo, que lo acepta a Él meramente como el Salvador del mundo, jamás podrá traer cura al alma. La fe que es para salvación no es un mero asentimiento intelectual para la verdad. No es suficiente creer acerca de Cristo; tenemos que creer en Él. La única

fe que nos beneficiará es aquella que lo abraza como un Salvador personal, que se apropia de sus meritos para con nosotros.

La fe es una transacción a través de la cual los que reciben a Cristo se unen en una relación de pacto con Dios. La fe genuina es vida. Una fe viva significa un aumento de vigor, una verdadera confianza a través de la cual el alma se vuelve un poder vencedor.

Nuevamente: “Una fe salvadora es una transacción”, y no es meramente un asentimiento creyendo que Jesús vivió meramente sobre la tierra. Vivir por fe es vivir hora tras hora, momento tras momento, manteniendo una conexión viva con Cristo. Cada pensamiento debe ser llevado cautivo a Cristo (2 Cor. 10:5).

PELEA LA BUENA BATALLA DE LA FE, HECHA MANO DE LA VIDA ETERNA (1 Tim. 6:12)

La pelea y la fe son conceptos incompatibles de acuerdo con el pensamiento popular. Radicalmente, las Escrituras proponen que la fe sin batalla no es fe. Mas el que persevere hasta el fin éste será salvo. (Mat. 24:13). Esta es nuestra introducción a la batalla de los cristianos.

El apóstol Pablo amonestó a Timoteo que “peleara la buena batalla de la fe”, “que soporte la dureza como buen soldado de Jesucristo”. 1 Tim 1:18; 6:12; 2 Tim. 2:3. Dos veces en su descripción de un cristiano como un guerrero, Pablo le pide al pueblo que “Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las artimañas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne; sino contra principados, contra potestades, contra dominadores de este mundo de tinieblas, contra malos espíritus de los aires. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, quedar firmes”. Efe. 6:11-13.

Entonces el apóstol describe las partes de la completa armadura que debe ser llevada por el creyente, pero en relación con la fe él dice: Estad, pues, firmes, ceñida vuestra cintura con la verdad, vestidos con la coraza de justicia, calzados los pies con la prontitud para dar el evangelio de paz.

Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos encendidos del maligno.

“Tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios. Y orad en el Espíritu, en todo tiempo, con toda oración y ruego, velando en ello con perseverancia y súplica por todos los santos”. Efe. 6:14-18. La fe no es un sustituto de la pelea, sino que es el escudo que hábilmente debemos emplear para protegernos de los asaltos del enemigo, la descripción de Pablo acerca de la fe como habiendo un escudo, que Él dice que es tan importante, demuestra que la fe y la pelea son inseparables.

En vez que la fe sea un sustituto de la batalla, la descripción de Pablo de un cristiano como siendo un soldado, es la de alguien que se ha empeñado en un fiero conflicto que es tan intenso que la fe es una necesidad imperiosa. Describiendo al soldado cristiano en su desarrollo a semejanza de Cristo, Él lo asemeja a un soldado que ha entrado en territorio enemigo. El soldado tiene que estar en guardia contra los asaltos de Satanás, porque éste procura hacerlo retroceder del territorio que ha conquistado. Vea la intensidad en las siguientes palabras de Pablo: “Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las artimañas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne; sino contra principados, contra potestades, contra dominadores de este mundo de tinieblas, contra malos espíritus de los aires. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para

que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, quedar firmes. Estad, pues, firmes, ceñida vuestra cintura con la verdad, vestidos con la coraza de justicia, calzados los pies con la prontitud para dar el evangelio de paz. Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos encendidos del maligno. Tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios. Y orad en el Espíritu, en todo tiempo, con toda oración y ruego, velando en ello con perseverancia y súplica por todos los santos”. Efe. 6:11-18.

La guerra contra nosotros mismos es la batalla más grande que jamás hayamos tenido. El rendirse a sí mismo, entregando todo a la voluntad de Dios, requiere una lucha; mas para que el alma sea renovada en santidad, debe someterse antes a Dios.

Todos tendrán una gran lucha para vencer el pecado en sus propios corazones. A veces esto es una obra muy dolorosa y desanimadora. Todos los que entren por las puertas de perlas de la ciudad de Dios entrarán como vencedores y su mayor conquista será la conquista del yo.

Todo el corazón tiene que ser entregado a Dios para que se produzcan los cambios en nosotros, de tal manera que seamos restaurados a Su semejanza. Por naturaleza estamos alienados de Dios, por lo tanto, el entregarle todo a la voluntad de Dios, requiere una lucha.

Esta obra (victoria sobre el pecado) puede ser efectuada solamente a través de la fe en Cristo, por el poder de Dios. El cristiano sentirá las incitaciones del pecado, pero él mantendrá una lucha constante contra éste. Aquí es donde se necesita la ayuda de Cristo. La debilidad humana se une con la fuerza divina y la fe exclama: “Pero gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo”. 1

Cor. 15:57.

La lucha para conquistar el yo, por la santidad y el cielo, es una lucha que dura toda la vida. Sin continuo esfuerzo y constante actividad, no puede haber adelanto en la vida divina, ni puede obtenerse la corona de victoria. Tenemos que resistir firmemente o ser conquistados. La vida cristiana es una batalla y una marcha. En esta guerra no hay descanso; el esfuerzo tiene que ser continuo y perseverante. Es a través de un esfuerzo incesante que mantendremos una victoria sobre las tentaciones de Satanás. Todos tienen que empeñarse en esta lucha por sí mismos.

En esta gran lucha la fe es esencial, “porque por la gracia sois salvos a través de la fe”. Efe. 2:8. La gracia y el poder están disponibles como un suministro inagotable. Por Su vida de justicia sobre la tierra y a través de Su sacrificio en el Calvario, Él ha colocado al alcance del hombre todos los infinitos recursos de la Omnipotencia y de la Omnisciencia, “las riquezas de su gracia”, “las abundantes riquezas de su gracia”, “las inescrutables riquezas de Cristo”, “las riquezas de su gloria”. Efe. 1:7; 2:7; 3:8, 16. Los suministros ilimitados del cielo aguardan los pedidos del hombre y su recepción. La fe es la mano que abre las puertas de la misericordia de Dios y saca de aquel inagotable suministro. La gracia abundante es libre, pero el hombre tiene que colocar el esfuerzo para alcanzarla, a través de la intercesión de Jesús como Sumo Sacerdote.

El Señor dijo: “Entonces me invocaréis, vendréis, oraréis a mí, y yo os escucharé. Me buscaréis y me hallaréis, cuando me busquéis de todo vuestro corazón”. Jer. 29:12-13.

La conquista de Canaán ilustra las conquistas del cristiano. A través de Josué el Señor le dijo a Israel que Él les iba a dar la tierra

de Canaán; era de ellos como un regalo de Él, pero ellos tenían que entrar y posesionarse de ella: “Mi siervo Moisés ha muerto. Prepárate, pues, ahora, tú y todo este pueblo, para pasar el Jordán, a la tierra que doy a los Israelitas. Como prometí a Moisés, os he entregado todo lugar que pise la planta de vuestro pie”. Josué 1:3. “Entonces el Eterno dijo a Josué: ‘Mira, yo entrego en tu mano a Jericó y a su rey, con sus varones de guerra’”. Josué 6:2. “El Señor dijo a Josué: ‘No temas, ni desmayes, toma contigo toda la gente de guerra, levántate y sube a Hai. Yo entrego en tu mano al rey de Hai y a su pueblo, su ciudad y su tierra’”. Josué 8:1. La victoria fue asegurada de antemano, pero ellos tuvieron que pelear para conseguirla.

Pero esta victoria es asegurada solamente a aquellos que constantemente miran al Señor Jesús, de donde provienen el poder y la sabiduría.

Tal como lo hemos mostrado en el capítulo anterior, “la fe salvadora es una transacción”, una transacción tan real como cualquier transacción comercial llevada a efecto entre dos partes. En una transacción comercial el dinero, o su equivalente, es cedido a cambio de otra mercancía. En el reino espiritual, nuestro Señor acepta nuestra confesión de pecado, nuestra penitencia, y nos imparte poder para una vida santa como respuesta. Aun cuando la salvación es de gracia, ya que Jesús ha pagado todo el precio para nuestra redención, el hombre tiene que apoderarse de esa salvación. “¡Todos los sedientos, venid a las aguas! ¡Y los que no tenéis dinero, venid, comprad y comed! ¡Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche!”. Isa. 55:1. “Además, el reino de los cielos es semejante al tesoro escondido en un campo, que un hombre encuentra, y lo vuelve a esconder. Y lleno de gozo va, vende todo lo que tiene,

y compra aquel campo. También el reino de los cielos es semejante al mercader, que busca buenas perlas”. Mat. 13:44-45. “Por lo tanto, te aconsejo que compres de mí: oro afinado en fuego, para que seas rico; vestidos blancos, para cubrir la vergüenza de tu desnudez; y colirio para unguir tus ojos y puedas ver”. Apoc. 3:18.

Algunas veces en el intento para exaltar la maravillosa obra del Redentor del mundo, algunos cristianos entusiastas hablan y cantan acerca de la salvación como siendo gratis y que no cuesta nada, como si el hombre tuviese apenas que concordar placidamente con lo que el Salvador hizo en el Calvario y que la salvación les será otorgada al final del caminar en ésta vida. Pero esto es un serio error, porque el hombre tiene su parte que jugar si es que quiere tener los beneficios de la salvación. Cuando se le preguntó a nuestro Señor: “¿Qué haremos para realizar las obras de Dios? Respondió Jesús: ‘Esta es la obra de Dios, que creáis en Aquel a quien él envió’”. Juan 6:28-29. “Este es su mandato: que creamos en el Nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros tal como él nos mandó”. 1 Juan 3:23. La vida eterna le es dada a aquellos que creen en la obra del Salvador (Juan 3:16-17, 36; 14:6; 20:31; Mat. 11:27). Este creer incluye la aceptación de Su obra como Sumo Sacerdote en el cielo en el trono de Su Padre repartiéndole poder a todos aquellos cuya creencia hace con que miren “a Jesús el Autor y Consumador de nuestra fe”. Heb. 12:2.

Tal como es en la vida, el éxito es normalmente proporcionalmente al esfuerzo. Así es en la vida espiritual, porque a medida que trabajamos, Dios coopera con nosotros. Si somos fieles en hacer nuestra parte, en cooperar con Él, Dios obrará a través de nosotros para hacer Su buena voluntad, pero no puede obrar a través de

nosotros si no hacemos ningún esfuerzo.

El joven rico vino a Jesús con la pregunta: “¿Maestro bueno, qué cosa buena haré para tener la vida eterna?” y Cristo le dijo: “¿Por qué me llamas bueno? No hay bueno sino uno, esto es, Dios; pero si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos”. Él le dijo, ¿cuáles? Jesús le citó varios y el joven rico le dijo: “Todas estas cosas las he guardado desde mi juventud. ¿Qué me falta aun?” Jesús le dijo: “Si quieres ser perfecto anda y vende lo que tienes y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; y ven y sígueme”. Mar. 10:17-21. Aquí hay condiciones, y la Biblia está llena de condiciones.

“El que tiene mis Mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama. Y el que me ama, será amado por mi Padre; y yo lo amaré, y me manifestaré a él”. Juan 14:21.

Esta es la verdadera prueba, el cumplir las palabras de Cristo. Y es la evidencia del agente humano el amar a Jesús, y el que hace Su voluntad le da al mundo la evidencia práctica del fruto que Él manifiesta en obediencia, en pureza y en santidad de carácter. Tenemos que trabajar en el plan de la adición, y el Señor trabajará en el plan de la multiplicación. Es a través de una constante diligencia que, a través de la gracia de Cristo, viviremos en el plan de la adición haciendo que nuestro llamado y elección sean seguros. “De esta manera os será concedida amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”. 2 Pedro 1:11.

Nuestra única esperanza: Jesús

“Miradme a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra; porque Yo Soy Dios, y no existe ningún otro”. Isa. 45:22. En estas palabras nuestro Señor nos urge a que tomemos el camino de la salvación, mirándolo a Él. “Pro-

cura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que maneja bien la Palabra de verdad. Evita las palabrerías profanas, porque conducen a la impiedad". 2 Tim. 2:15-16.

Todas las palabras de Jesús son verdaderas, y poseen un significado más profundo del que aparece en la superficie. Jesús dijo: "Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres". Juan 8:32. Tiene alguna importancia, cuando alguien dice: ¿Qué diferencia hay en alguien que adora en domingo y en alguien que adora en sábado? Uno debe estar en lo correcto y el otro en el error, ya que un precepto no está apoyado por las Escrituras. La adopción de un principio errado llevará a "más impiedad".

Es imposible adorar a Dios como Creador sin adorar en el día separado como el memorial de la creación—el Sábado.

Todas las palabras de Cristo poseen un valor más profundo que su simple apariencia. Las mentes que son despertadas por el Espíritu Santo discernirán el valor de estas palabras.

La experiencia de Pedro caminando sobre el agua fue escrita para ilustrar la enseñanza de la justificación por la fe, los indescriptibles beneficios derivados de mirar a Jesús. Mientras Pedro miraba a Jesús fue capaz de caminar sobre el agua (Mat. 14:25-31). Él hizo lo imposible mirando a Jesús.

Un maravilloso poder alcanza a aquellos que aprenden este principio de vida: "Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe... mirando diligentemente". Heb. 12:2, 15. La victoria es asegurada a todos los que se mantienen mirando a Jesús, el cual inicia nuestra caminata cristiana. Si continuamos mirándolo a Él ciertamente Él terminará la obra que ha iniciado. Es un asunto de mirar continuamente.

Los esfuerzos de Satanás son dirigidos para que las personas

dejen caer su escudo de la fe, para que dejen de mirar hacia el cielo; aquellas que continuamente miran a Jesús reciben Su poder, aquellos que dejan de mirarlo se ven envueltos en tinieblas que son creadas por los ángeles malos. Por lo tanto, la gran batalla, especialmente en los últimos días, es una batalla entre las fuerzas satánicas que procuran que el pueblo de Dios deje de mirar a Jesús y así ellos sean separados de la fuente de poder.

Jesús, y solamente Jesús, es el Mediador entre Dios y la humanidad, colocando Su mano sobre ambos. Aquel que es "santo, inocente, limpio, apartado de los pecadores", "no se avergüenza de llamarlos hermanos". Heb. 7:26; 2:11. En Cristo la familia de la tierra y la familia del cielo están unidas. Cristo glorificado es nuestro hermano. El cielo ha sido guardado en la humanidad, y la humanidad ha sido envuelta en el ceno del Infinito Amor.

Recuerde, Cristo fue tratado como nosotros merecemos, para que nosotros podamos ser tratados como Él merece. Él fue condenado por nuestros pecados, en los cuales Él no tuvo participación, para que nosotros podamos ser justificados por Su justicia, en la cual nosotros no teníamos participación. Él sufrió la muerte que era nuestra, para que nosotros podamos recibir la vida que era Suya.

El Calvario representa su obra coronadora (máxima). La parte del hombre es responder a Su gran amor, apropiándose de la gran salvación, que la bendición del Señor ha hecho posible que el hombre pueda obtener. Podemos mostrar nuestra apreciación del maravilloso don de Dios haciéndonos participantes de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que hay en el mundo a través de la concupiscencia. Podemos mostrarle nuestra gratitud a Dios haciéndonos co-obreros con Jesucristo, representando Su

carácter al mundo. El Señor nos mira como piedras preciosas.

Acerca de Jesús

Jesús dice: "Os he dado poder... sobre todo el poder del enemigo". Luc. 10:19. No poder sobre parte del "poder del enemigo" sino "sobre todo el poder del enemigo". Así el Señor declara que aquellos que lo miran buscando poder serán "más que vencedores". Rom. 8:37. "Pero gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo". 1 Cor. 15:57. "Pero gracias a Dios, que nos lleva siempre al triunfo en Cristo Jesús, y por nuestro medio manifiesta en todo lugar, la fragancia de su conocimiento". 2 Cor. 2:14. "Porque todo lo que nace de Dios vence al mundo. Y ésta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe"; "y los habéis vencido": "y habéis vencido al impío". 1 Juan 5:4; 4:4; 2:14.

Aquellos que consagran cuerpo, alma y espíritu a Dios, recibirán constantemente una nueva dotación de poder físico, mental y espiritual. Los inagotables suministros del cielo están bajo su comando.

"Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo el que cree". Rom. 1:16. Este es la experiencia del "nacido de nuevo" (regenerado) llevada a cabo por la operación del Espíritu Santo. El evangelio no es apenas un poder sino que es el poder de Dios, trabajando para la salvación de aquellos que creen. Pero el poder de Dios no está limitado en su operación para la salvación individual, sino que está disponible para el creyente para la promulgación del mensaje del evangelio. Nuestro Señor dice: "Me es dado todo el poder... por lo tanto id". Mat. 28:18-19. Por lo tanto Él declara que ejercita aquel poder en su capacidad como Cabeza de la iglesia. Él urge a Sus seguidores en la tierra a ir a todo el mundo

predicando Su evangelio, descansando en Su poder. Los obreros de Dios no son presuntuosos cuando descansan en el Señor para cumplir Sus graciosas promesas del ejercicio de Su poder.

La creencia de que Jesús es el Hijo de Dios, Dueño de la naturaleza y de todos los atributos



y poder de la Deidad, es el fundamento de la iglesia cristiana. (Ver Mat. 16:16-18; 1 Cor. 3:11; 1 Pedro 2:5-8). ¿Por qué entonces el Nuevo Testamento declara tan enérgicamente que Jesús es el Creador de todas las cosas? Porque esta verdad es esencial para nuestra salvación. El pobre punto de vista que muchos han tenido del exaltado carácter y oficio de Cristo ha disminuido su experiencia religiosa y ha impedido grandemente su progreso en la vida divina. ¿Necesitamos ampliar nuestro punto de vista de la Deidad de nuestro Señor o de algunas cosas pertenecientes al ejercicio de Su poder en Su capacidad como Sacerdote en el Trono de Su Padre? "Lo principal de lo que venimos diciendo es que tenemos un Sumo Sacerdote que se sentó a la diestra del trono de la Majestad en el cielo; y es ministro del Santuario, de aquel verdadero Santuario que el Señor levantó, y no el hombre". Heb. 8:1-2.

Este "Gran Sumo Sacerdote"

(Heb. 4:14) es igual a su Padre. “Quien, aunque era de condición divina, no quiso aferrarse a su igualdad con Dios”. Fil. 2:6. “En el pasado, Dios... pero en estos últimos días nos habló por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, por medio de quien hizo los mundos. El Hijo es el resplandor de su gloria, la misma imagen de su ser real, el que sostiene todas las cosas con su poderosa Palabra. Después de efectuar la purificación de nuestros pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas”. Heb. 1:1-3.

El apóstol Pablo fue escogido como un agente especial para aclararle a la iglesia aquellas verdades que es imperativo que Su pueblo entienda. Observe cómo Pablo se expone en la gloria de la Deidad de Cristo y en su pre-existencia. Observe cómo él clasifica el nombre de Cristo con aquellos de Dios el Padre y Dios el Espíritu Santo y declara que: “Por él fueron creadas todas las cosas, las que están en los cielos y las que están en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados o autoridades. Todo fue creado por medio de él y para él. Porque Cristo existía antes de todas las cosas, y todas las cosas subsisten en él. Cristo el reconciliador. Él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia. Él es el principio, el primogénito de los muertos, para que en todo tenga la preeminencia. Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud”. Col. 1:16-19. En esta misma epístola, el apóstol declara: “Porque en Cristo habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad. Y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad”. Col. 2:9-10.

“La virgen concebirá y dará a luz un hijo, y lo llamarán Emanuel, que significa: Dios con nosotros”. Mat. 1:23. “Dios fue manifestado en la carne” 1Tim.

3:16. “Y todos bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la Roca espiritual que los seguía, y la Roca era Cristo. Sin embargo, la mayoría de ellos no agradó a Dios, y quedaron tendidos en el desierto”. 1 Cor. 10:4-5. Pablo declara que el Dios poderoso que sacó a Israel de la esclavitud de Egipto y los llevó por el desierto de Canaán, aquel Dios todopoderoso que hizo milagros para Israel, no era otro sino “Cristo”. Fue Jesús en sus días de pre-encarnación que caminó con ellos. Refiriéndose al mismo evento el inspirado apóstol aplica la misma maravillosa verdad a los cristianos que están caminando hacia la Canaán celestial, que el mismo Dios, “Cristo”, el Salvador estaría con ellos.

“Estas cosas les sucedieron por ejemplo, y fueron escritas para advertir a los que han llegado al fin de los siglos. Así, el que piensa estar firme, mire que no caiga.

“No os ha venido ninguna tentación, sino humana. Pero Dios es fiel, y no os dejará ser tentados más de lo que podáis resistir. Antes, junto con la tentación os dará también la salida, para que podáis soportar.” 1 Cor. 10:11-13. ¡Maravillosa promesa para nosotros, que vivimos en el fin del tiempo!

Nuestro Señor, durante su ministerio terrenal, dijo ser Dios. Él ejercitó abiertamente la prerrogativa de Dios, esto es, ser capaz de perdonar pecados (Mar. 2:5-11; Luc. 7:48-50). Los judíos estaban en lo correcto al decir: “¿Quién puede perdonar pecados sino solamente Dios?” Debido a que Jesús era Dios encarnado, Él inequívocamente le declaró a la mujer Samaritana en el pozo que Él era el Hijo de Dios, el Mesías prometido (Juan 4:25-26). Jesús dijo que tenía poder para darle vida eterna a todos aquellos que, con Su infinita sabiduría, estuviesen listos para recibir este precioso regalo. “Porque como el Padre resucita a los muertos, y les da

vida; así también el Hijo da vida a los que quiere. Además, el Padre a nadie juzga, sino que confió todo el juicio al Hijo; para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió” Juan 5:21-23. Él reveló que tenía un completo dominio sobre la naturaleza y que poseía un poder creador. (Ver Luc. 9:16-17; Juan 2:9-10; Mar. 2:5-12).

Nuestro Señor dijo ser igual en poder con Dios el Padre, poseyendo los mismos atributos. Él declaró que hacía las mismas obras que el Padre (Juan 5:17); que era “igual con Dios” (Juan 5:18; Fil. 2:6); ejerció el mismo poder del Padre (Juan 5:21); recibió el mismo honor que el Padre (Juan 5:23). Él dijo ser “YO SOY”, el Todopoderoso Jehová que liberó a los israelitas de Egipto (Juan 8:51-59). Él dijo también ser “la Luz del mundo” (Juan 8:12; 9:5), y ser uno con el Padre (Juan 10:30). Él no negó la acusación de los judíos: “Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios”. Él respondió: “¿Al que el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: tú blasfemas, porque dije: Hijo de Dios soy? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Mas si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre”. Juan 10:33-38. Él dijo ser el Juez de todos los hombres (Juan 5:26-27); que en el gran día del juicio todas las naciones serán reunidas delante de Su trono (Mat. 25:31-36), que ellos serán juzgados por la palabra que Él ha pronunciado (Juan 12:48); que la vida eterna depende de creer en Él (Juan 6:47, 51); que la resurrección de los muertos dependen de Él (Juan 6:39-40). En el libro de Apocalipsis Él declara: “Yo soy... el Señor... el Todopoderoso”. Apoc. 1:8, (comparar con Apoc.

22:13, 16).

Prácticamente todo lo registrado sobre Jesús en el Nuevo Testamento testimonia de Su Divinidad; este hecho entra en la misma deformación y trama de toda narración, de toda doctrina, de toda instrucción. Las enseñanzas de la Biblia sobre la creación, sobre la redención, sobre el ministerio celestial, sobre el juicio, sobre el segundo advenimiento, sobre la resurrección, sobre la inmortalidad, sobre el hogar de los salvados, sobre la destrucción de los impíos, sobre el ministerio del Espíritu Santo, de los ángeles y de la iglesia, todo esto es inseparable del poder del Altísimo y de la infinita sabiduría de nuestro Señor Jesús. Todo en la Biblia proclama al unísono que Jesús es Dios en el más amplio sentido y que todas las profecías y el cumplimiento de todas las esperanzas y de todas las promesas dependen de Su ejercicio del poder Omnipotente y de su infinita sabiduría. Muy luego los cielos Lo revelarán viniendo a la cabeza de un vasto séquito de ángeles poderosos. “En su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES”. Apoc. 19:11-16. Entonces, a medida que Su voz todopoderosa rodea la tierra, innumerables multitudes de santos que están durmiendo se levantarán para encontrarse con Él en el aire (1 Tes. 4:16-18; Juan 5:28-29).

Una de las expresiones favoritas de Pablo relacionadas con Jesús era “Dios nuestro Salvador”. Tito 2:10, 13; 3:4, 6.

Cada pensamiento, cada palabra, cada acción está siendo observada y supervisada continuamente por el Señor Jesús. “Es poderoso para socorrer a los que son tentados” (Heb. 2:18), porque Él como hombre, sabe cuán dependiente son los seres humanos del poder Divino, y porque, como Dios, Él posee poder que emplea para socorrer a aquellos que le

suplican que los salve. “Por eso puede también salvar eternamente a los que por medio de él se acercan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder por ellos”. Heb. 7:25.

La creencia en la Divinidad de Cristo es esencial para la salvación. La Divinidad de Cristo es la seguridad de vida eterna para el creyente. La justificación por la fe tiene su mayor y más indispensable fundamento en la Divinidad de Cristo, porque esa justicia es obtenida por la fe en el continuo suministro de poder por parte de Cristo, la inagotable Fuente de vida. El poder necesario para el desarrollo de la justicia proviene de Cristo Jesús en Su obra Sacerdotal a favor de todos aquellos que se allegan a Dios a través de Su ministerio perpetuo.

Que la creencia en la Deidad del Señor es esencial para la salvación puede ser vista observando la declaración del Señor: “Yo soy la Luz de mundo... si no creéis que YO SOY, en vuestros pecados moriréis”. Juan 8:24. A primera vista esto puede parecer arbitrario, pero una consideración más madura revelará que nuestro Señor dijo una verdad fundamental, porque la Salvación depende de Su ministerio de poder sobre aquellos que vienen a Dios a través de Él. No hay ninguna otra Fuente de poder; solamente Él es Aquel que ejercita el poder a través del cual los hombres son salvos. Ese poder no solo creó todas las cosas, sino que mantiene el universo.

La mantención del ilimitado universo requiere el mismo poder mantenedor que en su creación. Esta gran verdad es enfatizada en la Biblia cuando los escritores inspirados enseñan el plan de salvación. Esta es la verdad proclamada por Pablo cuando él aclara los asuntos relacionados con la obra sacerdotal de Jesús. Él dijo: “En el pasado, Dios habló muchas veces y de muchas maneras, a nuestros padres mediante los profetas. Pero

en estos últimos días nos habló por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, por medio de quien hizo los mundos. El Hijo es el resplandor de su gloria, la misma imagen de su ser real, el que sostiene todas las cosas con su poderosa Palabra. Después de efectuar la purificación de nuestros pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas”. Heb. 1:1-3.

“Por Él fueron creadas todas las cosas, las que están en los cielos y las que están en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados o autoridades. Todo fue creado por medio de Él y para Él. Porque Cristo existía antes de todas las cosas, y todas las cosas subsisten en él. Cristo el reconciliador. Él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia. Él es el principio, el primogénito de los muertos, para que en todo tenga la preeminencia. Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud”. Col 1:16-19. Observe nuevamente: Por qué existe la creación o por qué existimos nosotros. “Todas las cosas fueron creadas por Él y para Él”. En otras palabras, pertenecemos a Dios. En otro pasaje de las Escrituras, se nos dice: “Porque habéis sido comprados por precio. Por tanto, glorificad a Dios en vuestro cuerpo, y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios”. 1 Cor. 6:20. ¿Cuál fue el precio? La preciosa sangre de Jesús.

Es de la mayor importancia para cada creyente el entender la Deidad de Jesús, que Él es el creador de toda vida y de todos los mundos y que Él emplea Su poder en Su obra redentora para con la humanidad. Repetidamente se afirma en las Escrituras que el Creador es el Redentor, y en aquellos pasajes en donde esta verdad es afirmada el énfasis es colocado sobre el hecho de que Su habilidad para redimir es porque Él, como Creador, tiene todo el poder necesario para efectuar la obra

de redención. (Ver Isa. 43:1-3; 11-14; 44:6, 24; 45:11-13, 17-18; Juan 1:1-3, 12-14; Col.1:14-20; Heb. 1:1-3). En el libro de Isaías el versículo que comienza con las palabras: “Consolaos, consolaos pueblo mío, dice vuestro Dios”. (Isa. 40:1), el Señor se revela a Sí mismo como el Creador y como el Salvador de Su pueblo. En ninguna otra parte de la Biblia encontramos un énfasis tan repetido sobre el hecho de que Él es el Creador, el Redentor de Israel. Para asegurarle a Su pueblo que Él va a ejercer su poder para sostenerlos contra el mal, y de sus enemigos, Él pronuncia sublimes palabras exaltando Su posición como Creador de todas las cosas. En comparación con su poder, cuán insignificante es ésta tierra con todos sus habitantes (Isa. 40:12-25). Escuche Sus desafiantes palabras: “Levantad en alto vuestros ojos, y mirad. ¿Quién creó estas cosas? Aquel que saca su ejército de estrellas, llama a cada una por nombre. Tan grande es su poder y su fuerza, que ninguna faltará”. Isa. 40:26.

Mirando a Jesús

Nuestro Señor declara que Su poder va a venir a nosotros cuando le miremos a Él (Isa. 45:22). Mientras más lo miremos a Él mayor será nuestro poder. La fórmula no podía ser más simple.

Una oración ininterrumpida es la unión inquebrantable del alma con Dios, de tal manera que la vida de Dios fluye dentro de nuestra vida.

Miramos a Dios en oración, esto es, cuando oramos correctamente. Para que una oración sea efectiva tiene que ser dirigida a Dios. La mente tiene que imaginarse a Dios; tiene que estar concentrada en Dios. Tenemos que aprender la misma lección de Moisés, porque de él el Libro inspirado dice: “Porque se sostuvo como viendo al Invisible”. Heb. 11:27. Aquí está el secreto del poder, el secreto de la victoria,

el secreto de la perseverancia, viendo a Aquel que es invisible. Mantenga la mente mirando a Dios, y el poder fluirá en su vida.

Mire a Cristo. Que la mente habite y que la vista contemple, Su amor, Su belleza y la perfección de Su carácter. Cuando la mente se concentra en el yo, es alejada de Cristo, la fuente de fuerza y vida. Es el esfuerzo constante de Satanás hacer que la atención sea desviada del Salvador, y así impedir la unión y comunión del alma con Cristo.

La oración ininterrumpida es la unión inquebrantable del alma con Dios, de tal manera que la vida de Dios fluye en nuestra vida. Esto es mientras estemos orando, ese poder vivo fluirá en nuestras vidas. Así el alma crece “fuerte en el Señor y en el poder de su fuerza”. Efe. 6:10. Nuestro crecimiento en gracia, nuestra alegría, nuestra utilidad, todo depende de nuestra unión con Cristo. Es a través de una comunión con Él, diariamente, hora a hora, es habitando en Él que creceremos en gracia. La mente debe estar constantemente buscando a Dios. Orad siempre. Descansad en Él hora tras hora y momento tras momento.

Tenemos que entrenar nuestras mentes para mirar hacia arriba, para que los pensamientos se aferren a Dios, y para que permanezcan allí desde temprano en la mañana hasta tarde en la noche. Así se efectúa una conexión viva con Dios, se consigue una unión del alma con el Señor; pero esto debe ser mantenido.

Todo individuo, a través de sus propios actos entra en una unión personal con Cristo a través de una renuncia al yo, de la fe y de la obediencia. Tenemos que ganar la victoria sobre el yo, crucificar los afectos y lujurias; entonces comienza la unión del alma con Cristo. Después que la unión se ha formado, puede ser preservada únicamente a través de un continuo, sincero y cuidadoso esfuerzo

de nuestra parte.

Este es el camino hacia el poder; la mente se aferra de Jesús y mantiene esa conexión vital con el Señor de la vida, luz, y poder. Su poder fluye sobre nuestra vida energizando todo el ser. Recibiendo a Cristo somos revestidos con poder. La presencia de Cristo es un poder vitalizador, fortaleciendo a todo el ser.

Cuando los creyentes experimentan la justicia de Cristo impregnando toda la vida, ellos difunden una energía vital, la cual es penetrante.

Es la justicia de Cristo, su propio carácter sin mancha, que a través de la fe es impartida a todo aquel que Lo recibe como su Salvador personal.

¿Qué es la justicia de Cristo? Es el carácter sin mancha de Jesús.

¿Cómo recibimos la justicia de Jesús? Recibiendo a Jesús como nuestro Salvador personal.

El Espíritu Santo hará con que todos los que quieren ser educados sean capaces de comunicar la verdad con poder. Renovará cada órgano del cuerpo, para que los siervos de Dios puedan trabajar aceptable y exitosamente. La vitalidad aumenta bajo la influencia de la acción del Espíritu.

“El Espíritu es vida debido a la justicia” continúa el pasaje. “En cambio, si Cristo está en vosotros, vuestro cuerpo está muerto a causa del pecado, pero vuestro espíritu vive a causa de la justicia. Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús habita en vosotros, el que levantó a Cristo Jesús de entre los muertos, vivificará también vuestro cuerpo mortal, por medio de su Espíritu que habita en vosotros”. Rom. 8:10-11. Aquí vemos la creciente manifestación de la presencia de Jesús en nuestro gran gozo y ejercicio de la fe. Pablo continúa citando el mismo principio de fe: “Por tanto, nosotros todos, al contemplar con el rostro descubierto,

como en un espejo, la gloria del Señor, nos vamos transformando a su misma imagen, con la creciente gloria que viene del Señor, que es el Espíritu”. 2 Cor. 3:18. Aquí la misma enseñanza básica está claramente declarada: somos transformados en la medida que “contemplamos la gloria del Señor”.

Las cinco vírgenes fatuas representan al gran número de personas que se van a perder. ¿Por qué se van a perder? Porque no saben cómo confiar, ni cómo mirar ni vivir. Se nos dice claramente la razón por la cual las cinco vírgenes son salvadas, porque han aprendido cómo “mirar y vivir”, habiendo aprendido esta lección vital. (Ver Mateo 25).

Solamente aquellos que están viviendo de acuerdo con la luz que poseen, recibirán más luz. Solamente aquellos que se han relacionado correctamente con el poder impartido recibirán más poder. Tiene que existir “primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga” Mar. 4:28.

La manera que recibimos más poder depende de cómo recibimos poder al principio, nos aferramos a Jesús y Él imparte Su poder, y ese poder aumenta en la medida que continuamos aferrándonos a Él. Esto está ilustrado en el caso de la mujer que recibió poder de cura cuando ella apenas tocó el borde de Su manto. La muchedumbre que estaba apretando a Cristo, no sintió ningún poder vital a través de este contacto. Pero cuando la pobre y sufriente mujer en su gran necesidad, estiró su mano y tocó el borde del manto de Jesús, ella sintió la virtud sanadora; el de ella fue el toque de la fe. Cristo reconoció aquel toque, y Él decidió darle una lección a todos Sus seguidores, al final de los tiempos. Aquí se estaba haciendo una distinción del contacto casual en comparación con el contacto de fe. Pero el toque de la fe nos abre el divino tesoro del poder y de la

sabiduría. (Ver Mat. 9:20-22).

Así, en la cura de esta mujer, nuestro Señor dio una ilustración de cómo se obtiene el poder. Hay que conectarse con Él y entonces comienza el flujo vital de poder.

Existe una gran diferencia entre una unión pretendida y una conexión real con Cristo por la fe.

¿Puede ser concebida una relación más íntima con Cristo que la que muestran las palabras, “Yo soy la vid y vosotros



los pámpanos”? Juan 15:5. La comunicación debida, la fuerza y la fructificación desde el tronco hacia las ramas no tienen ninguna obstrucción y es constante. La raíz envía sus nutrientes a través de las ramas. Así es la relación del verdadero creyente con Cristo. Él habita en Cristo, y extrae nutrición desde Él. Nosotros recibimos constantemente gracia de Él, y Cristo acepta nuestra gratitud. Cuando es formada esta conexión íntima, nuestros pecados son colocados sobre Cristo, Su justicia nos es imputada.

El poder del mal está tan identificado con la naturaleza humana que ningún hombre puede vencer, excepto a través de una unión con Cristo. Una unión con Cristo a través de una fe viva permanecerá; cualquier otra unión perecerá. Es una unión de absoluta dependencia. Después que la unión con Cristo se ha formado, puede ser preservada únicamente a través de una sincera oración y de un esfuerzo incansable.

La permanencia de nuestra fe es la condición de nuestra unión.

A medida que continuamos habitando en Cristo, a pesar de las

duras circunstancias que Satanás nos coloca delante de nuestros pies tratando de hacernos murmurar contra Dios y así quebrar nuestra unión con Él, entonces el placer del Señor es revelado en que Él cumple Su promesa: “Si habitáis en mí... pediréis cualquier cosa, y se os hará”.

Pero para saber qué es la verdad, él deberá buscar de rodillas, en las escrituras, en la mañana, al medio día, y en la noche. La oración debe ascender de los lugares secretos y una oración continua debe subir de su mente para que Dios lo guíe a toda la verdad.

El “orar sin cesar” es recibir “poder sin cesar”.

“Velad, pues, en todo tiempo, orando para que podáis escapar de todas estas cosas que han de venir, y estar en pie ante el Hijo del Hombre”. Luc. 21:36.

La mano de Dios está extendida para salvar a Su pueblo para que no se hunda en el formalismo carente de Cristo, en el cual se hundió la nación judía; despreciar los medios a través de los cuales Dios ha ordenado con este propósito, es despreciar a Jesús. El alma que venga a ser salva tiene que cooperar con Dios en la obra de la salvación; lo humano y lo divino tienen que unirse en fe y en práctica. Si vamos a obtener perdón, tenemos que confesar nuestros pecados, y creer en la misericordia de Dios. Cristo, nuestro Sumo Sacerdote ha dicho, “mi gracia es suficiente para ti”.

Solamente Jesús es nuestro Sacerdote

El cristianismo es fundamentalmente una religión de salvación.

La obra de ganar la salvación es una obra de coparticipación, una operación conjunta. Tiene que existir cooperación entre Dios y el pecador arrepentido. Esto es necesario para la formación de principios correctos en el carácter. El hombre tiene que

hacer sinceros esfuerzos para vencer aquello que le impide obtener la perfección. Pero él es totalmente dependiente de Dios para obtener éxito. El esfuerzo humano por sí mismo no es suficiente. Sin la ayuda del poder Divino no sirve de absolutamente nada. Dios obra y el hombre obra. La resistencia a la tentación tiene que provenir del hombre, el cual tiene que obtener su poder de Dios. Por un lado hay una sabiduría infinita, compasión y poder; por el otro lado debilidad, pecaminosidad, absoluta incapacidad.

El oficio o trabajo del sacerdote es tal vez el más difícil de presentar y el menos entendido de cualquier parte del sistema cristiano. La idea esencial de un sacerdote es la de un mediador entre Dios y el hombre. En su estado caído el hombre es un pecador, culpable ante Dios, y alienado de Él. Él no tiene el derecho de aproximarse a Dios, ni tampoco tiene la habilidad, ni aún el deseo, de aproximarse a Él. En vez de eso, él quiere huir de Dios, y no quiere saber nada de Él. Él es, por lo tanto, incapaz de hacer nada hasta que alguien se encargue de actuar como su representante ante Dios. El único representante entre el Hombre y Dios es el Señor Jesucristo, nuestro Sumo Sacerdote.

La Biblia enseña que, “Porque hay un solo Dios, y un solo Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre”. 1 Tim.2:5.

Todo el servicio Levítico del Antiguo Testamento prefiguraba el servicio de Jesús y como tal desapareció como una unidad en Su muerte en la cruz, también prefigurada por el razgamiento del velo. Es muy inconsistente que una iglesia retenga el sacerdocio mientras descarta los otros elementos de aquel sistema Levítico.

Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores. Su nombre fue Jesús porque Él salvaría a Su pueblo de sus pecados (Mat. 1:21). Se sigue que ninguna

pregunta puede ser más profunda en una religión que la pregunta: ¿Cómo puede ser esto posible?

Vemos que las iglesias, cada vez más, procuran medios para aquietar sus conciencias, y ellas buscan aquello que es menos espiritual y humillante. Lo que ellas desean es un método para olvidar a Dios y que pueda parecer un método que Lo recuerde. Hay dos clases de humanidad, que abarcan casi al mundo entero; una que podría ser salva por sus méritos (obras), y aquella que sería salva en sus pecados (podemos continuar pecando hasta que Jesús venga). Entre tanto, todo tipo de errores están siendo adoptados dentro de las iglesias.

Pablo levanta la norma de la perfección y muestra cómo puede ser alcanzada. “Por tanto, amados míos, tal como habéis obedecido siempre, no sólo en mi presencia, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor. Porque Dios es el que obra en vosotros, tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad”. Fil. 2:12-13.

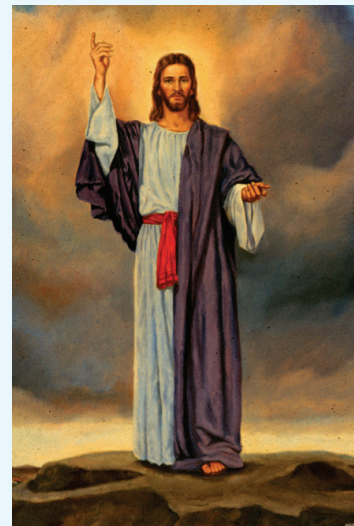
“Porque la Palabra de Dios es viva y eficaz, más cortante que cualquier espada de dos filos. Penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Nada creado está oculto de la vista de Dios. Todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta. Por tanto, siendo que tenemos un gran Sumo Sacerdote, que entró en el cielo, a Jesús, el Hijo de Dios, retengamos la fe que profesamos. Porque no tenemos un Sumo Sacerdote incapaz de simpatizar con nuestras debilidades; sino al contrario, fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, con segura confianza al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”. Heb. 4:12-16.

Con estas palabras el apóstol Pablo revela el microscópico cuidado y atención otorgado sobre los hijos de los hombres a través del gran Sumo Sacerdote-Creador. Él, la palabra de Dios, como una espada de dos filos, separa las cosas que son difíciles de distinguir o de diferenciar. Él lee los pensamientos, pesa los motivos que llevan a las acciones. Esta es la declaración del apóstol inspirado cuando describe el oficio y el ministerio de nuestro Señor Jesús como Sumo Sacerdote.

La misma verdad esencial es también enseñada en el libro de Apocalipsis.

En este libro nuestro Señor es mostrado en Su capacidad Sacerdotal, y así antes de presentarse a Sí mismo como Sacerdote en el santuario, caminando entre los siete candeleros (Apoc. 1:11-20), nuestro Señor declara: “Yo Soy el Todopoderoso”. Apoc. 1:8. Entonces, habiéndose presentado a Sí mismo como el Todopoderoso Sumo Sacerdote, Él le declara a las siete iglesias, “Conozco tus obras” (ver Apocalipsis 2 y 3). Ese conocimiento infinito tiene que ver no solamente con el presente sino que también con el complicado futuro, porque Juan fue convidado cuando nuestro Señor Jesús le mostró “las cosas que van a suceder después”. Entonces nuestro Señor les desvendó el futuro y le reveló a Juan todos los eventos que le irían a acontecer a la iglesia. Allí, en el mismo comienzo de la experiencia de la iglesia, el Señor le mostró a Juan, para el beneficio de las siguientes generaciones, que todo el futuro era para Él un libro abierto, que nada Le estaba encubierto, y que nada podría sorprenderlo. De tal manera que la iglesia debería encontrar alegría y consuelo en este conocimiento de que todas las cosas le eran conocidas al gran Señor de la iglesia, y que Él había hecho provisión para toda emergencia. A Juan le fueron revelados

todos los enemigos de la iglesia; todos los peligros a través de los cuales la iglesia tenía que pasar, incluyendo las poderosas escenas asociadas con el conflicto final acerca del Sábado en las escenas finales de la historia terrenal.



A Juan le fueron abiertas escenas de profundo y emocionante interés en la experiencia de la iglesia. Él vio la posición, los peligros, los conflictos, y la final liberación del pueblo de Dios. Asuntos de vasta importancia le fueron revelados, especialmente para la última iglesia.

La enseñanza Bíblica de que los ojos del Señor están continuamente sobre nosotros no es colocada como una advertencia (aun cuando para el que hace el mal debiera serlo). Esta enseñanza es presentada tan claramente en la Biblia que es un aliciente para el pueblo de Dios; y también porque es fundamental para el desarrollo cristiano. Este hecho tiene que ser entendido por aquellos que han de obtener la justificación por la fe; no es apenas una creencia que alguien puede creer o no, de acuerdo con su disposición; es una creencia sobre la cual tenemos que actuar como un hecho que entra en la transacción de vivir la justificación por la fe. No puede haber justificación por la fe sin que este conocimiento

esté activo en nuestra conciencia espiritual a cada momento del día. Aquí es donde muchos fallan en entender el significado de la justificación por la fe.

Nuestro Sumo Sacerdote, Jesús, tiene que ser tan infinito como Dios el Padre, ya que de otra manera no podría ser el Representante del hombre ante su Padre infinito. Todas las misericordias y bendiciones de Dios vienen a través de Jesús. Esta unidad de operación con Su Padre es declarada muchas veces por Jesús. Él dice: “Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre. Nadie conoce bien al Hijo, sino el Padre. Y nadie conoce bien al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar. Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os haré descansar”. Mat. 11:27-28. “Jesús respondió: “Yo Soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre, sino por mí”. Juan 14:6. “Yo Soy la puerta. El que entre por medio de mí, será salvo. Entrará, saldrá, y hallará pastos”. Juan 10:9.

A partir de éstas y de otras Escrituras podemos ver cuán esencial es para nosotros entender la vital enseñanza cristiana que nuestra salvación depende de Aquel que no es sino un infinito Creador-Sacerdote, nuestro Señor Jesús, el cual solemnemente declara: “Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que YO SOY, en vuestros pecados moriréis”. Juan 8:24. A menos que creamos que Él es el gran “YO SOY” del Antiguo Testamento, el Dios infinito que creó al mundo y que ha estado con Su pueblo durante todas las edades, moriremos en nuestros pecados. Nuestra única esperanza de vencer el pecado es creyendo en Su Divinidad y que Él está ejerciendo Su poder, momento tras momento, todo lo que hacemos, pensamos o hablamos, mientras mantenemos nuestra mente ligada a Él.

“Por tanto, hermanos santos, participantes del llamado celestial, considerad al Apóstol y Sumo Sacerdote de la fe que profesamos, a Jesús”. Heb. 3:1. Estos dos hechos, que Jesús fue enviado a este mundo por Su Padre, para representarle la divinidad al hombre y después volver nuevamente al cielo, como representante del hombre ante el trono de Dios, son inseparables; son dos facetas de una misma verdad. Solamente el Dios-Hombre podía ser Sumo Sacerdote ante el trono de la Deidad. Esta verdad es tan esencial que tiene que ser repetida una y otra vez, porque sin la continua impartición del poder del Todopoderoso Sumo Sacerdote, nadie puede vivir la vida cristiana por la fe. La justificación por la fe usa el poder de Jesús para vivir una vida santa. No existe tal cosa como justificación por la fe sin recibir aquel inagotable suministro.

Jesús oró: “Ahora Padre, glorifícame a tu lado con la gloria que tuve junto a ti antes que el mundo fuera creado”. Juan 17:5. Considere que Aquel que fue enviado no era otro sino el Hijo de Dios, el Creador de todo. Por eso el evangelio de Juan comienza con la misma poderosa verdad: “En el principio ya existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Desde el principio estaba con Dios.

“Todas las cosas fueron hechas por él. Y nada de cuanto existe fue hecho sin él... Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, lleno de gracia y de verdad. Y vimos su gloria, gloria que, como Hijo único, recibió del Padre”. Juan 1:1-3, 14.

El evangelio de Juan, como bien lo sabemos, fue escrito para comprobar la Deidad de nuestro Señor, y todo en él evidencia esta estupenda verdad. Jesús declaró que sus obras comprobaban Su divinidad (Juan 10:25, 32, 36-39). Tal como se muestran en estos versículos, los Judíos querían

aprehenderlo por blasfemia. Diciendo ser el mismo en persona, naturaleza, y atributos que Su Padre, Jesús dijo: “Si me habéis conocido a mí, conoceréis también a mi Padre. Desde ahora lo conoceréis, y lo habéis visto. Felipe le dijo: Señor, muéstranos al Padre, y nos basta. Jesús respondió: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices: ‘Muéstranos al Padre’? ¿No crees que Yo Soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que os hablo, no las hablo de mí mismo; sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras. Creedme que Yo Soy en el Padre, y el Padre en mí. Al menos, creedlo por las mismas obras”. Juan 14:7-11.

El servicio sacrificial que había apuntado a Cristo, ha dejado de existir; ahora los ojos de los hombres se vuelven al verdadero sacrificio por los pecados del mundo. El sacerdocio terrenal ha cesado; pero nosotros miramos a Jesús, el ministro del nuevo pacto y “a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel”. Heb. 12:24. “Pero Cristo ya vino, y ahora es el Sumo Sacerdote de los bienes definitivos. El Santuario donde él ministra es más grande y más perfecto; y no es hecho por mano de hombre, es decir, no es de este mundo. Y Cristo entró en ese Santuario una vez para siempre, no con sangre de machos cabríos ni becerros, sino con su propia sangre, y consiguió la eterna redención”. Heb. 9:11-12.

“Por eso puede también salvar eternamente a los que por medio de él se acercan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder por ellos”. Heb. 7:25.

Con respecto al Sacerdocio, solamente Cristo es ahora nuestro Sacerdote, nuestro único Sumo Sacerdote. Él cumple aquel oficio en el cual se ofreció a Sí mismo como sacrificio para satisfacer la justicia Divina haciendo con

esto innecesario y poniéndole un fin a todos los demás sacrificios. Él pagó la deuda por Su pueblo, y así abrió el camino para una renovada fraternidad entre Él y Dios. Y como el resucitado y exaltado Salvador de Su Pueblo, Él intercede eficazmente por ellos con Dios el Padre.

“Pero si andamos en la luz, como él está en la luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de su Hijo Jesús nos limpia de todo pecado... Si confesamos nuestros pecados, Dios es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de todo mal”. 1 Juan 1:7, 9.

Perdón y purificación = gracia. “Porque por gracia habéis sido salvados por la fe. Y esto no proviene de vosotros, sino que es el

A través de Su humanidad, Cristo tocó a la humanidad; a través de Su divinidad, Él se aferra del trono de Dios. Como el Hijo del hombre, Él nos dio un ejemplo de obediencia; como Hijo de Dios, Él nos da poder para obedecer. Fue Cristo el que desde la zarza en el Monte Horeb le habló a Moisés diciendo: “YO SOY EL QUE SOY”. Y agregó: “Así dirás a los Israelitas: Yo Soy me ha enviado a vosotros”. Éxo. 3:14. Este fue el compromiso de la liberación de Israel. De tal manera que cuando Él vino “en semejanza de hombre”, Él se declaró a Sí mismo el YO SOY. El niño de Belén, el humilde y sumiso Salvador, es Dios “manifestado en la carne”. 1 Tim. 3:16. Y a nosotros nos dice: “YO SOY el buen Pastor”. “YO SOY el Pan vivo”. “YO SOY el Camino, la Verdad, y la Vida”. “Me ha sido dado todo el poder en el cielo y en la tierra”. Juan 10:11; 6:51; 14:6; Mat. 28:18. YO SOY la seguridad de toda promesa. YO SOY, no temáis. “Dios con nosotros” es la seguridad de nuestra liberación del pecado, la seguridad de nuestro poder para obedecer la ley del cielo.

don de Dios”. Efe. 2:8. Los cristianos tienen, en virtud de su unión con Cristo, libre acceso a Dios en todo tiempo. Este derecho es una de las cosas más finas en la fe cristiana, y es una posesión siempre presente. La Biblia nos convida a ir a Dios a través de Cristo, sin hacer ninguna referencia a sacerdotes u otros intercesores.

El único Sacerdocio Mediador reconocido en el Nuevo Testamento es el de Cristo, el gran Sumo Sacerdote, y solamente a Él le pertenece el título de “Sacerdote” (hiereus): “Pues se afirma de él: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden (no es el orden Levítico del Antiguo Testamento) de Melquisedec”. Heb. 7:17. “Pero como Jesús permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable.

“Por eso puede también salvar eternamente a los que por medio de él se acercan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder por ellos. Tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, limpio, apartado de los pecadores, y exaltado por encima de los cielos; que no tiene necesidad cada día, como los otros sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo. Esto lo hizo una sola vez para siempre, cuando se ofreció a sí mismo”. Heb. 7:24-27.

Pablo enumera los diferentes tipos de ministerios y oficios en la iglesia cristiana, y el oficio de Sacerdote no está entre ellos: “Él mismo dio a unos el ser apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; y a otros, pastores y maestros”. Efe. 4:11. Y nuevamente: “Así los puso Dios en la iglesia, primero apóstoles, segundo profetas, tercero maestros...”. 1 Cor. 12:28.

“Por lo tanto, confesaos vuestras faltas (no vuestros pecados) unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo, es poderosa”. Santiago 5:16.

Dios va a tener un Pueblo Justo

“Para santificarla y limpiarla en el lavado del agua, por la Palabra, para presentarla para sí, una iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga, ni cosa semejante; antes, que sea santa e inmaculada”. Efe. 5:26-27.

Hoy tenemos que darnos a nosotros mismos a Dios, para que Él pueda hacer de nosotros vasos de honor, y adecuados para Su servicio, para que podamos ser vaciados del yo, de la envidia, de los celos, de las malas conjeturas, disensiones, de todo aquello que no sea honorable para Dios. Hoy día debemos tener nuestro vaso purificado para que pueda estar listo para recibir el rocío celestial, listo para el derramamiento del Espíritu Santo, el cual vendrá, y la bendición de Dios llenará cada alma que haya sido purificada de toda mancha. Nuestra obra es entregar nuestras almas a Cristo, para que podamos estar listos para el tiempo de refrigerio con la presencia del Señor.

Cuando el poder divino se combine con el esfuerzo humano, la obra se diseminará como fuego en el rastrojo. Por lo tanto es imperativo que Dios posea agentes humanos en el campo para cumplir lo que está escrito en las Escrituras: “Y la tierra fue alumbrada con su gloria”. Apoc. 18:1. La gloria de Dios es Su carácter, por lo tanto, el agente humano también tiene que reflejar el carácter, el amor y la justicia de Jesús. ¿Está Jesús esperando por usted y yo?

Cuando la obra de Dios en la tierra se esté cerrando, los sinceros esfuerzos hechos por los creyentes consagrados bajo la guía del Espíritu Santo serán acompañados por señales especiales del favor divino. Al final del tiempo la presencia del Espíritu habitará con la verdadera iglesia.

¿Quién compone entonces la verdadera iglesia? La Biblia

ofrece dos descripciones cortas de aquellos que componen la iglesia al final de los tiempos.

“Entonces el dragón se airó contra la mujer (mujer = iglesia), y fue a combatir al resto (los últimos) de sus hijos (semilla), los que guardan los Mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesús”. Apoc. 12:17. Y “¡Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los Mandamientos de Dios y la fe de Jesús!” Apoc.14:12.



“Porque donde están dos o tres reunidos en mi Nombre, allí estoy yo en medio de ellos”. Mat. 18:20. Por lo tanto, Dios posee una iglesia. No es una gran catedral, ni la iglesia oficial establecida, ni las diversas denominaciones; sino el pueblo que ama a Dios y guarda sus mandamientos. Aunque Cristo esté aún entre unos pocos humildes, ésta es su iglesia, pues sólo la presencia del Alto y Sublime que habita la eternidad puede constituir una iglesia.

Daniel después de describir la marcha de las naciones a través de los tiempos, nos da un destello de los eventos finales de este mundo.

“En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran Príncipe que protege a tu pueblo. Y será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces. Pero en ese tiempo será librado tu pueblo, todos los que se hallen

escritos en el libro. Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión eterna. Entonces los sabios resplandecerán como el fulgor del firmamento: y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad”. Dan. 12:1-3.

Pablo y sus contemporáneos vivieron en un tiempo de persecución. Los santos en el tiempo del fin tendrán que enfrentar lo mismo. ¿Nos da Pablo la fórmula para enfrentar la crisis, en aquel tiempo y ahora, la iglesia cristiana original y la iglesia remanente? Si, ¡Él lo hace!

“Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las artimañas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne; sino contra principados, contra potestades, contra dominadores de este mundo de tinieblas, contra malos espíritus de los aires. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, quedar firmes. Estad, pues, firmes, ceñida vuestra cintura con la verdad, vestidos con la coraza de justicia, calzados los pies con la prontitud para dar el evangelio de paz. Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos encendidos del maligno. Tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios. Y orad en el Espíritu, en todo tiempo, con toda oración y ruego, velando en ello con perseverancia y súplica por todos los santos. Y orad también por mí, para que al abrir la boca, me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio”. Efe.6:10-19.

El Espíritu del Todopoderoso conmueve el corazón de los hombres, y los que responden a su influencia llegan a ser testigos de

Dios y de su verdad. Pueden verse en muchos lugares hombres y mujeres consagrados comunicando a otros la luz que les aclaró el camino de la salvación por Cristo. Y mientras continúan haciendo brillar su luz, como aquellos que fueron bautizados con el Espíritu en el día de Pentecostés, reciben más y aún más del poder del Espíritu. Así la tierra ha de ser iluminada con la gloria de Dios.

Pero cerca del fin de la siega de la tierra, se promete una concesión especial de gracia espiritual, para preparar a la iglesia para la venida del Hijo del hombre.

Tal como lo hemos analizado anteriormente, solamente aquellos que están viviendo de acuerdo con la luz que poseen recibirán mayor luz. A menos que estemos avanzando diariamente en las ejemplificaciones de las activas virtudes cristianas, no reconoceremos la obra del Espíritu Santo. Puede estar siendo derramado en los corazones a nuestro alrededor, pero no lo discerniremos ni lo recibiremos.

Aquellos que no hagan decididos esfuerzos sino que simplemente esperen a que el Espíritu Santo los compela a la acción, perecerán en las tinieblas. No podéis sentaros y no hacer nada en la obra de Dios. Si el profeso pueblo de Dios no remueve sus equivocaciones, no corrige sus errores ni purifica sus suciedades de la carne y del espíritu, serán encontrados faltos.

Que nadie piense que asistiendo a las reuniones de la iglesia, su deber está cumplido. No es una ley inmutable que todos los que asisten a las reuniones generales o locales recibirán grandes suministros de bendiciones desde el cielo.

En la medida que los miembros al cuerpo de Cristo se aproximen del tiempo de su último conflicto, “un tiempo de angustia, como nunca ha habido desde que ha habido nación”, ellos crecerán en

Cristo, y participarán grandemente de Su Espíritu. A medida que el último mensaje de advertencia cubre la tierra, y a medida que gran poder y gloria acompaña a la obra final, el fiel pueblo de Dios participará de esa gloria. Es el mismo derramamiento del Espíritu Santo el que los reaviva y fortalece para pasar a través de este tiempo de angustia, el cual constituye la última prueba, antes que “el que vivo, y estuve muerto;... y tengo las llaves del infierno (Hades) y de la muerte” (Apoc. 1:18) abra las tumbas de los justos muertos. Y “porque el mismo Señor descenderá del cielo con aclamación, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivamos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados junto con ellos en las nubes, a recibir al Señor en el aire. Y así estaremos siempre con el Señor”. 1 Tes. 4:16-17.

“Porque la gracia de Dios que trae salvación, se manifestó a todos los hombres, y nos enseña a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos, y a vivir en este siglo sobria, justa y piadosamente, mientras aguardamos la bendita esperanza, la gloriosa aparición de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo; quien se dio a sí mismo por nosotros, para redimirnos de toda iniquidad, y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras. Esto habla, exhorta y reprende con toda autoridad. ¡Nadie te menosprecie!”. Tito 2:11-15. ¡Alabado sea Dios!

El último llamado de Cristo a Su pueblo

La profecía de Apoc. 16:13-16 presenta el último conflicto entre las fuerzas de la justicia y las fuerzas de la injusticia; también presenta la última solemne advertencia a Su pueblo, el cual debe “vestir la armadura” de Su justicia como preparación para el último

conflicto. Hay otros llamados hechos al pueblo de Dios en Apoc. 14:6-12 y en Apoc. 18:4.

Sería bueno darle una mirada a este pasaje relacionado con la última gran batalla, el Armagedón.

“Y vi salir de la boca del dragón, de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta (hablando como si fuesen uno), tres espíritus impuros a manera de ranas (las ranas croan al unísono); que son espíritus de demonios, que hacen señales, y van a los reyes de todo el mundo (ahora, no hay ninguna separación entre la iglesia y el estado; las iglesias se aproximarán al estado para forzar sus decretos), para reunirlos para la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso (en la persona de Sus santos). Mirad que yo vengo como ladrón. ¡Dichoso el que vela y guarda su ropa, para que no ande desnudo y vean su vergüenza!

“Entonces reunieron a los reyes en el lugar que en hebreo se llama Armagedón”. Apoc. 16:13-16.

[No está dentro del alcance de este artículo entrar en detalles de las profecías. Sin embargo, el lector de este tabloide será bien recompensado si solicita una copia del libro *El Gran Conflicto*, a la dirección que aparece al final de este tabloide. Por favor, tenga en cuenta que la existencia de libros puede haberse agotado].

El Señor ha apelado de una forma tan poderosa a Su pueblo en este mensaje, que Satanás ha empleado toda su astucia y determinación para desviar su significado. Una vez que el pueblo de Dios es inoculado con el virus de la idea de que esta profecía pertenece a algún conflicto militar, que entonces se hace difícil que ellos puedan discernir el verdadero significado. Esta profecía es en verdad un mensaje especial del Señor para Su pueblo para prepararlo para el último conflicto con los poderes del mal.

La última guerra “santa” es sostenida a través de un análi-

sis de la estructura del libro de Apocalipsis.

¿Por qué fue dado este libro? El Todopoderoso Señor Jesús (Apoc. 1:8), en el día del Señor (Apoc. 1:10), el Memorial sagrado de Su poder Redentor y Creador, le dijo a Juan con “fuerte voz como de trompeta, que dijo: ‘Yo Soy el Alfa y la Omega, el Primero y el Ultimo. Escribe en un libro lo que veas, y envíalo a las siete iglesias’”. Apoc. 1:10-11. “Yo, Jesús, os envíe a mi ángel con este testimonio para las iglesias”. Apoc. 22:16. A Juan le fueron mostradas escenas de profundo y emocionante interés en la experiencia de las iglesias. Él vio la posición, peligros, conflictos, y la liberación final del pueblo de Dios. En asuntos de vasta importancia le fueron revelados, especialmente para la última iglesia, que aquellos que abandonasen el error y abrasasen la verdad tendrían que ser instruidos en relación con los peligros y conflictos que iban a estar delante de ellos. Nadie necesita estar en tinieblas en relación con lo que va a suceder en la tierra. ¿Por qué, entonces, hay tanta ignorancia relacionada con esta parte importante de las Santas Escrituras? ¿Por qué existe esta reticencia general para investigar sus enseñanzas?

Es el resultado de un estudiado esfuerzo del príncipe de las tinieblas para ocultar de los hombres aquello que revela sus engaños. Por esta razón, Cristo el Revelador, previendo la guerra que se iría a efectuar contra el estudio del Apocalipsis, pronunció una bendición para todos aquellos que leyeran, escucharan, y observaran las palabras de la profecía. (Ver Apoc. 1:3).

El Apocalipsis fue escrito con relación a la experiencia de la iglesia, sus conflictos y liberaciones, y está especialmente relacionado con la última iglesia y la “última liberación” del pueblo de Dios. Cuando nosotros

como pueblo entendamos lo que significa este libro, se verá entre nosotros un gran reavivamiento. También se nos informa acerca del especial odio de Satanás por el Apocalipsis, porque en él Cristo ha revelado los “engaños” del enemigo. Pero con el tiempo el pueblo de Dios verá que el libro tiene que ver con Dios y Su pueblo.

El libro del Apocalipsis comienza con las palabras: “La revelación de Jesucristo”; no es una revelación relacionada con un supuesto conflicto militar en el Medio Oriente involucrando el Este y Oeste, Rusia o cualquier otra nación. Esas enseñanzas son de origen satánico y son completamente falsas, no teniendo ninguna base bíblica. La revelación es “la revelación de Jesucristo”, y su contenido tiene que ver con la iglesia de Cristo y de sus enemigos.

Los “símbolos y figuras” del Apocalipsis están relacionados con la iglesia y sus enemigos. Las imágenes empleadas para describir el Armagedón son altamente simbólicas y están relacionadas con la iglesia y sus enemigos.

El odio especial de Satanás es mostrado en este pasaje (Apoc. 16:12-16) porque esta es la clave para entender la justificación por la fe, la cual es esencial para todos aquellos que van a permanecer leales a Dios a través del conflicto final. Vistiendo la armadura de la justicia de Cristo, la iglesia entrará en su conflicto final. Esta es la verdadera interpretación de Apocalipsis 16:13-16. Esta interpretación está en armonía con todas las leyes bíblicas de interpretación. Por ejemplo, es un hecho bien conocido que el propósito por el cual fue escrita la Biblia es explicar el gran conflicto, o guerra, entre las fuerzas del bien y del mal. El cristiano es mostrado como un soldado que va a la guerra contra las fuerzas del mal vistiendo una armadura

y llevando una espada, la Palabra de Dios (Ver Efe.6:10-18). Él tiene que “pelear la buena batalla” (1 Tim. 1:18), tiene que “soportar las durezas, como un buen soldado de Jesucristo” (2 Tim. 2:3), y tiene que “pelear la buena batalla de la fe”. 1 Tim. 6:12.

En Apoc. 12:7-9 esta gran “guerra” es presentada en las palabras mencionadas en el versículo 17. Es ampliado su significado en Apocalipsis 13, donde surge la bestia, y su “guerra” contra los santos en la Edad Media, su herida mortal, su cura y su asociación con la bestia de dos cuernos. Apocalipsis 14 explica el mensaje de Dios para preparar un pueblo que pueda permanecer fiel en el conflicto final; el capítulo 15, la acción que separa para siempre ambos bandos para el conflicto final; entonces el capítulo 16 aumenta la información sobre la crisis final. En Apoc. 17:13-14 son presentadas informaciones adicionales, y en Apoc. 19:11-21 son dados más detalles de la misma “guerra”, incluyendo otra descripción de las fuerzas del mal que se han opuesto a Cristo y a Su iglesia.

Después que Juan ha descrito, en Apocalipsis 16, aquel poder que efectúa milagros y que reuniría al mundo para el último gran conflicto, los símbolos son dejados a un lado, y la voz de la trompeta nuevamente emite cierto sonido. “Mirad que yo vengo como ladrón. ¡Dichoso el que vela y guarda su ropa, para que no ande desnudo y vean su vergüenza!”. Apoc. 16:15.

“Acuérdate de lo que has recibido y oído. Guárdalo, y arripiéntete. Si no velas, vendré como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti”. Apoc. 3:3.

El advenimiento de Cristo sorprenderá a los falsos maestros. Ellos están diciendo: “Paz y seguridad”. Al igual que los sacerdotes y maestros antes de la caída de Jerusalén, ellos miran a la igle-

sia como teniendo que disfrutar prosperidad y gloria terrenal. Ellos interpretan las señales de los tiempos como si estuviesen mostrando esto. ¿Pero qué dice la palabra inspirada? “Les sobrevendrá repentina destrucción”. 1 Tes. 5:3. Sobre todos los que habiten sobre la faz de la tierra, sobre todos los que hicieron de este mundo su hogar, el día de Dios vendrá como una trampa. Vendrá sobre ellos como ladrón merodeador.

El mundo lleno de disturbios, lleno de placer ateo, duerme, duerme en una seguridad carnal. Los hombres están dejando a un lado la venida del Señor. Ellos se ríen de las advertencias. Es hecho el siguiente jactancioso anuncio: “¿Dónde está la promesa de su venida? Desde que los padres durmieron, todas las cosas siguen como desde el principio de la creación”. 2 Pedro 3:4. “Venid —dicen— tomemos vino, embriaguémonos de bebidas fuertes, y el día de mañana será como éste, o mucho más excelente”. Isa. 56:12. Ellos continuarán buscando placer mundano. Pero Cristo dice: “He aquí que yo vengo como ladrón”. Apoc. 16:15. Cuando el mundo está preguntando despreciativamente: “¿Dónde está la promesa de Su venida?”, las señales se están cumpliendo. Mientras ellos gritan, “paz y seguridad”, les sobreviene repentina destrucción. Cuando el despreciador, el rechazador de la verdad, se ha vuelto presuntuoso; cuando el trabajo de rutina en las diversas líneas financieras es llevado a cabo sin considerar los principios; cuando el estudiante está buscando ansiosamente conocimiento en todas partes, menos en su Biblia, Cristo viene como un ladrón.

En el mundo todo es agitación. Las señales de los tiempos son alarmantes. Los acontecimientos venideros proyectan ya sus sombras delante de sí. El Espíritu de Dios se está retirando de la

tierra, y una calamidad sigue a otra por tierra y mar. Hay tempestades, terremotos, incendios, inundaciones, homicidios de toda magnitud. ¿Quién puede leer el futuro? ¿Dónde hay seguridad? No hay seguridad en nada que sea humano o terrenal. Rápidamente los hombres se están colocando bajo la bandera que han escogido. Inquietos, están aguardando y mirando los movimientos de sus caudillos. Hay quienes están aguardando, velando y trabajando por la aparición de nuestro Señor. Otra clase se está colocando bajo la dirección del primer gran apóstata. Pocos creen de todo corazón y alma que tenemos un infierno que rehuir y un cielo que ganar.

La crisis se está acercando gradual y furtivamente a nosotros. El sol brilla en los cielos y recorre su órbita acostumbrada, y los cielos continúan declarando la gloria de Dios. Los hombres siguen comiendo y bebiendo, plantando y edificando, casándose y dándose en casamiento. Los negociantes siguen comprando y vendiendo. Los hombres siguen luchando unos con otros, conteniendo por el lugar más elevado. Los amantes de placeres siguen acudiendo a los teatros, los hipódromos, los salones de juego. Prevalece la más intensa excitación, y sin embargo el tiempo de gracia está llegando rápidamente a su fin, y cada caso está por ser decidido para la eternidad. Satanás ve que su tiempo es corto. Ha puesto todos sus agentes a trabajar a fin de que los hombres sean engañados, seducidos, ocupados y hechizados hasta que haya terminado el tiempo de gracia, y se haya cerrado para siempre la puerta de la misericordia, cuando sean pronunciadas en el cielo las siguientes palabras fatales: “El que es injusto siga siendo injusto, y el sucio siga ensuciándose. El justo siga siendo justo, y el santo siga santificándose”. Apoc. 22:11. En aquel momento el destino de todo hombre, mujer y niño

estará sellado, y la puerta de la misericordia estará cerrada para siempre. “Mirad que yo vengo como ladrón. ¡Dichoso el que vela y guarda su ropa, para que no ande desnudo y vean su vergüenza!” Apoc. 16:15.

Toda forma de mal asumirá súbitamente una intensa actividad. Los malos ángeles unen sus fuerzas con los hombres malos, y como han estado en conflicto constante y han adquirido experiencia en relación con las mejores maneras de engañar y batallar, y se han ido fortaleciendo por siglos, no cederán en el gran encuentro final sin una lucha desesperada. Cada cual deberá estar de uno o de otro lado de la contienda.

El pueblo de Dios ha de dar un decidido testimonio en favor de la verdad, por medio de la pluma y la voz, para poner en evidencia los propósitos del Señor. Ha de proclamar de lugar en lugar el mensaje de la Palabra de Dios, para que los hombres y mujeres puedan comprender la verdad.

La tormenta viene, inexorable en su furia. ¿Estamos preparados para hacerle frente? ¿Están nuestros pies sobre la Roca de las Edades? ¿Somos uno con Cristo así como Él es uno con el Padre?

Jesús les pidió a Sus discípulos que “velaran y oraran” en el jardín del Getsemaní. Él “los encontró durmiendo”. Ellos no habían escuchado las repetidas advertencias, “velad y orad”. Parecían estar paralizados por el estupor, del cual ellos podrían haberse sacudido si hubiesen continuado suplicándole a Dios. Ellos no habían entendido la necesidad de vigilancia y fiel oración para poder resistir la tentación.

Además aquel culminante evento de Satanás al aparecer a través de su agente Judas, se va a repetir. Como en el acto culminante en el gran drama del engaño, el propio Satanás personificara a Cristo. ¿No nos está advirtiendo Mateo 24 acerca de esto?

“Entonces, si alguien os dijera: ‘Aquí está el Cristo, o allí’, no creáis. Porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, para engañar, si fuera posible, aun a los elegidos.

“Mirad, os lo he dicho de antemano. Así, si os dicen: ‘Aquí está en el desierto’, no salgáis; ‘aquí en las cámaras’, no creáis”. Mat. 24:23-26.

“Velad, pues, en todo tiempo, orando que podáis escapar de todas estas cosas que han de venir, y estar en pie ante el Hijo del Hombre”. Luc. 21:36.

En este último conflicto el Capitán de las huestes del Señor (Josué 5:15) está conduciendo los ejércitos del cielo y mezclándose en nuestras filas y peleando nuestras batallas. Podemos tener apostasias; podemos esperarlas. “Salieron de entre nosotros, pero no eran de nosotros. Si hubieran sido de los nuestros, habrían quedado con nosotros. Su salida muestra que no todos son de nosotros”. 1 Juan 2:19. “Pero él respondió: ‘Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada’”. Mat. 15:13.

Solamente el manto que Cristo ha provisto puede hacernos aparecer ante la presencia de Dios. Este manto, el manto de Su propia justicia, Cristo lo colocará sobre toda alma arrepentida y creyente. “Por lo tanto, te aconsejo que compres de mí: oro afinado en fuego, para que seas rico; vestidos blancos, para cubrir la vergüenza de tu desnudez; y colirio para ungir tus ojos y puedas ver”. Apoc. 3:18.

Cristo en Su humanidad formó un carácter perfecto, y ese carácter Él ofrece impartirlo a nosotros. “Todas nuestras justicias son como trapos de inmundicias”. Isa. 64:6. Todo lo que nosotros podamos hacer, está contaminado por el pecado. Pero el Hijo de Dios “apareció para quitar nuestros pecados. Y en él no hay pecado”. 1 Juan 3:5. “Pecado es transgresión de

la ley.” 1 Juan 3:4. Pero Cristo fue obediente a todos los requerimientos de la ley. Él dijo de Sí mismo: “Dios mío, me deleito en hacer tu voluntad, y tu Ley está en medio de mi corazón”. Salmo 40:8. Cuando estuvo en la tierra, le dijo a Sus discípulos: “Si guardáis mis Mandamientos, permaneceréis en mi amor; como yo también he guardado los Mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor”. Juan 15:10. A través de su perfecta obediencia Él ha hecho posible que todo ser humano pueda guardar los mandamientos de Dios. Cuando nos sometemos nosotros mismos a Cristo, el corazón es unido a Su corazón, la voluntad es sumergida en Su voluntad, la mente se vuelve una con Su mente, los pensamientos son traídos cautivos a Él; vivimos Su vida. Esto es lo que significa estar vestidos con el manto de Su justicia. Así cuando el Señor nos mira Él ve, no la desnudez y la deformidad del pecado, sino que Su manto de justicia, el cual es perfecta obediencia a la ley de Jehová.

Los convidados a la fiesta de bodas fueron inspeccionados por el rey. Solamente fueron aceptados aquellos que habían obedecido sus requerimientos y que se habían puesto el vestido de bodas. Así también es con los convidados a la fiesta del evangelio. Todos tienen que pasar por el escrutinio del gran Rey, y solamente son aceptados aquellos que se han puesto el manto de la justicia de Cristo.

Justicia es hacer lo correcto y es a través de sus actos que todos serán juzgados. Nuestros caracteres son revelados por lo que hacemos. Las obras muestran si la fe es genuina o no.

Podemos creer que el nombre de Jesús es el único nombre bajo el cielo a través del cual el hombre puede ser salvo, y sin embargo, a través de la fe podemos no hacerlo nuestro Salvador personal. No es suficiente creer

en la teoría de la verdad. No es suficiente hacer una profesión de fe en Cristo y tener nuestros nombres registrados en los libros de la iglesia. “El que guarda sus Mandamientos, vive en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él vive en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado”. 1 Juan 3:24. “Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos” 1 Juan 2:3. Esta es la genuina evidencia de conversión. Cualquiera que sea nuestra profesión, no sirve de absolutamente nada, si Cristo no es revelado en obras de justicia.

Hay muchos que dicen que a través de la muerte de Cristo la ley fue abrogada; pero al hacer esto contradicen las propias palabras de Cristo: “No penséis que he venido para abolir la Ley o los Profetas. No he venido a invalidar, sino a cumplir. Os aseguro que mientras existan el cielo y la tierra, ni una letra, ni un punto de la Ley perecerán, sin que todo se haya cumplido”. Mat. 5:17-18. Fue para expiar la transgresión del hombre de la ley, que Cristo dió Su vida. Si la ley hubiese podido ser cambiada o dejada a un lado, entonces Cristo no habría necesitado morir. A través de Su vida en esta tierra Él honró la ley de Dios. A través de Su muerte la estableció. Él dio Su vida como un sacrificio, no para destruir la ley de Dios, no para crear una norma más baja, sino para que la justicia fuese mantenida, para que la ley fuese mostrada como siendo inmutable, para que pudiese permanecer para siempre.

Apoc. 16:13-15 se refiere a los eventos que conducen a la ruina de Babilonia, a la destrucción de las huestes de Babilonia (iglesias y estado), y este hecho es evidente ya que en el versículo 15 el Señor le advierte a Su pueblo que Él va a terminar Su ministerio como nuestro Sumo Sacerdote. La misma expresión relacionada con guardar sus “ro-

pas, para que no ande desnudo, y vean su vergüenza” es una repetición del mensaje del Señor a la última iglesia de la era cristiana. (Ver Apoc. 3:18). Ese mensaje es el apelo urgente de Cristo a Su pueblo para que escuche Su voz mientras Él está a la puerta llamando para entrar, antes que se ponga sus ropas reales y venga como REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES, ¡de tal manera que la repetición de este mensaje en Apoc. 16:15 tiene que ser inminente!

Con el poder de Dios los santos dan el último mensaje

“¡Levántate, respandece, que ha venido tu lumbre, y la gloria del Eterno ha nacido sobre ti! Porque tinieblas cubrirán la tierra, y oscuridad las naciones. Pero sobre ti nacerá el Eterno, y sobre ti será vista su gloria”. Isa. 60:1-2.

El Señor Dios del cielo no enviará Sus juicios sobre la tierra, debido a la desobediencia y a la transgresión, hasta que no haya enviado a sus atalayas para que den la advertencia. Él no va a acortar el periodo de Su obra mediadora (Ver Apoc. 22:11) hasta que el mensaje sea distintivamente proclamado. La ley de Dios tiene que ser magnificada; sus dichos tienen que ser presentados en su verdad, en su carácter sagrado, para que las personas puedan ser llevadas a decidir a favor o en contra de la verdad. Pero la obra será acortada en justicia. (Ver Rom. 9:28).

El mensaje de la justicia de Cristo debe sonar de un extremo a otro de la tierra para prepararle el camino al Señor. Esta es la gloria de Dios, la que termina la obra de Apoc. 14:6-12. Este mensaje abraza a los dos mensajes precedentes. Está representado como siendo dado a gran voz; esto es, con el poder del Espíritu Santo.

“Entonces vi a otro ángel que

volaba por el cielo, con el evangelio eterno para predicarlo a los que habitan en la tierra, a toda nación y tribu, lengua y pueblo. Decía a gran voz: ¡Temed a Dios y dadle honra, porque ha llegado la hora de su juicio! Y adorad al que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas. Un segundo ángel lo siguió, diciendo: ¡Ha caído, ha caído la gran Babilonia!, porque ha dado a beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación. Y el tercer ángel los siguió diciendo a gran voz: Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe su marca en su frente o en su mano, éste también beberá del vino de la ira de Dios, vaciado puro en la copa de su ira. Y será atormentado con fuego y azufre ante los santos ángeles y ante el Cordero. Y el humo de su tormento sube para siempre jamás. Y los que adoran a la bestia y a su imagen, y los que reciben la marca de su nombre, no tienen reposo ni de día ni de noche. ¡Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los Mandamientos de Dios y la fe de Jesús!”. Apoc. 14:6-12.

Mientras Satanás trabaja con sus mentirosas maravillas, el tiempo predicho en el Apocalipsis se cumplirá, y el poderoso ángel que iluminará la tierra con su gloria proclamará la caída de Babilonia, y le pide al pueblo de Dios que salga de ella.

En la última obra para advertir al mundo, son hechos dos llamados distintos a las iglesias. El mensaje del segundo ángel es: “Ha caído, ha caído, Babilonia, la gran ciudad, porque ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación”. Apoc. 14:8. Y en el alto clamor del mensaje del tercer ángel se escucha una voz del cielo que dice: “Salid de ella, pueblo mío, para que no participéis de sus pecados, y no recibáis de sus plagas!”. Apoc. 18:4.

Hay una gran obra que tiene que ser hecha, y tiene que hacerse todo el esfuerzo posible para reve-

lar a Cristo como el Salvador que perdona los pecados, Cristo como el portador de pecados, Cristo como la brillante Estrella de la mañana; y el Señor nos dará favor ante el mundo hasta que nuestra obra sea hecha.

Satanás espera tener a todo el mundo cautivo.

Espantoso es el asunto al cual el mundo será muy luego llevado. A medida que el mensaje de la justicia de Cristo suene desde un extremo al otro de la tierra, el poder que lo acompaña enloquecerá a aquellos que se le opongan.

El Sábado será la gran prueba de lealtad, porque es el punto especialmente controvertido de la verdad. Cuando la prueba final sea traída sobre los hombres, entonces la línea de distinción será trazada entre aquellos que sirven a Dios y entre aquellos que no Le sirven.

Los poderes de la tierra unidos para guerrear contra los mandamientos de Dios, decretarán que todos, “tanto pequeños como grandes, ricos y pobres, libres y esclavos” (Apoc.13:16) deberán ajustarse a las costumbres de la iglesia a través de la observancia del falso sábado. Todos los que rehúsen acatar esta orden serán visitados con penalidades civiles, y finalmente, será declarado que ellos merecen morir. Mientras una clase al aceptar la señal de su misión a los poderes terrenales, recibe la marca de la bestia, la otra escogiendo la señal de lealtad a la autoridad divina, recibe el sello de Dios.

La iglesia y el estado se están ahora preparando para el futuro conflicto. Para asegurar la popularidad y la influencia política, los legisladores cederán a las demandas para que sea aprobada una ley dominical. Aquellos que temen a Dios no pueden aceptar una institución que viole un precepto del Decálogo. Sobre este escenario viene el último gran conflicto de la controversia entre la verdad y el error. Así como la

aproximación del ejército romano fue una señal para los discípulos para la inminente destrucción de Jerusalén, así esta apostasía será una señal, que el límite de la paciencia de Dios ha sido alcanzado, el ángel de la misericordia está a punto de alzar vuelo, para nunca más retornar.

La iglesia apela al brazo fuerte del poder civil, y en esta obra se unen las iglesias. A medida que el movimiento de la implantación del domingo se hace más osado y decidido, se invocará la ley contra los guardadores de los mandamientos.

Ese tiempo será un tiempo de severa prueba del carácter; solamente aquellos que han entendido



(Este mensaje está siendo divulgado por todo el mundo. Arriba una foto de Moscú.)

y han aplicado el llamado del Salvador a Su iglesia para que “vistan la armadura” de Su justicia, soportarán todo este conflicto final. Entonces, a medida que se aproxima la tormenta, un gran número que ha profesado fe en el mensaje del tercer ángel, pero que no han sido santificados por él (esto es, han fallado en ser hechos justos por la fe) a través de la obediencia a la verdad, abandonan su posición y se unen a las filas de la oposición.

Muy luego el pueblo de Dios será probado a través de fieras pruebas, y un gran número de aquellos que ahora parecen ser genuinos y verdaderos, abandonarán la verdad. Permanecer en defensa de la verdad y de la justicia será una gran prueba. Para soportar la prueba que está delante de ellos, tienen que entender la voluntad de Dios tal como es revelada en Su

Palabra. Solamente aquellos que han fortalecidos su mente con las verdades de la Biblia permanecerán fieles en el último gran conflicto.

El último gran conflicto entre la verdad y el error no es sino la última batalla de la gran controversia relacionada con la ley de Dios. Ahora estamos entrando en esa batalla, una batalla entre las leyes de los hombres y los preceptos de Jehová.

El honor de la ley de Dios será vindicado ante los mundos no caídos, ante el universo celestial, y ante el mundo caído. Vendrá la más amarga persecución, pero cuando se levante Sión, y se ponga sus hermosas vestiduras, brillará en belleza y santidad.

Observación acerca del Armagedón

Cuando los tres poderes le hagan “guerra” al remanente (Apoc. 12:17), ellos le hacen “guerra al Cordero” (Apoc. 17:14), y al hacerlo se unen a la “guerra” del Todopoderoso Cordero, el Gran Dios, Jesús (Apoc. 16:14), una guerra que terminará en la destrucción (Armagedón significa, “montaña de destrucción”) de todos los enemigos de la iglesia, incluyendo a todos los cristianos profesos que fallaron en “ponerse la armadura de la justicia de

Cristo”. Ellos ejecutan milagros para hacer obligatoria la marca de la bestia; ¡estos son los mismos milagros que llevan al mundo al Armagedón! Espíritus malignos se comunican con la bestia, el falso profeta, y el dragón diciendo que ellos son enviados por Cristo para declarar que es Su voluntad que ellos guarden el domingo; estos son los mismos poderes que llevan al mundo al Armagedón.

A través de la obligatoriedad de leyes dominicales Satanás hará la “guerra contra el remanente.” Esto, en sí mismo, no será el Armagedón, pero estas leyes traerán la persecución de la iglesia y, más tarde vendrá el decreto de muerte. El intento de matar al pueblo de Dios debido a su lealtad al Sábado es el preludio a la matanza del Armagedón. Aprobando estrictas leyes dominicales, Satanás le hace la “guerra al remanente”, pero el “Armagedón” es la batalla de Dios (la batalla...de Dios, el Todopoderoso) en la cual Él interviene a favor de Su pueblo, y destruye a aquellos que pensaban matar a Su pueblo. El Armagedón vendrá sobre aquellos que persiguen al pueblo de Dios a través de la obligatoriedad de leyes dominicales. Los eventos descritos en Apoc. 16:17-21 hacen parte de “la guerra del gran día de Dios”.

Dios trae Sus armamentos de la naturaleza para ocasionarle muerte y destrucción a un mundo en rebelión contra Su Gobierno y contra Su pueblo.

“El Señor abrió su arsenal, sacó las armas de su furor, ésta es obra del Eterno, Dios Todopoderoso”. Jer. 50:25.

“Murmullo de multitud en los montes, como de mucho pueblo; murmullo de ruido de reinos, de gentes reunidas. Jehová de los ejércitos ordena las tropas de la batalla. Vienen de lejana tierra, de lo postrero de los cielos, Jehová y los instrumentos de Su furor, para destruir toda la tierra. Aullad, porque cerca está el día de Jehová; vendrá como asolamiento del Todopoderoso. Por tanto, se enervarán todas las manos, y desleirás todo corazón de hombre. Y se llenarán de terror; angustias y dolores los comprenderán; tendrán dolores como mujer de parto; pasmarás cada cual al mirar a su compañero; sus rostros, rostros de llamas. He aquí el día de Jehová viene, crudo, y de saña y ardor de ira, para tornar la tierra en solidad, y raer de ella sus pecadores. Por lo cual las estrellas de los cielos y sus luceros no derramarán su lumbre; y el sol se oscurecerá en naciendo, y la luna no echará su resplandor. Y visitaré la maldad sobre el mundo, y sobre

los impíos su iniquidad; y haré que cese la arrogancia de los soberbios, y abatiré la altivez de los fuertes. Haré más precioso que el oro fino al varón, y más que el oro de Ofir al hombre. Porque haré estremecer los cielos, y la tierra se moverá de su lugar, en la indignación de Jehová de los ejércitos, y en el día de la ira de su furor.” Isa. 13:4-13.

“Viene el día ardiente como un horno; y todos los soberbios, y todos los que hacen maldad, serán estopa; y aquel día que vendrá, los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos, el cual no les dejará ni raíz ni rama.” Mal. 4:1.

“Y yo mismo juntaré el resto de mis ovejas de todas las tierras adonde las eché. Las haré volver a sus praderas, y crecerán y se multiplicarán”. Jer. 23:3.

“Y oí una gran voz del cielo que dijo: Ahora la morada de Dios está con los hombres, y él habitará con ellos. Ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos, y será su Dios”. Apoc. 21:3. El paraíso será restaurado para los santos. ¡Alabado sea Dios!

“Y el reino, el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, serán dados al pueblo de los santos del Altísimo; cuyo reino es reino eterno, y todos los dominios le servirán y obedecerán”. Dan. 7:27.

Puede visitar las siguientes páginas web:

www.bible-sabbath.com
www.present-truth.org

www.worldincrisis.org
www.earthsfinalwarning.com

www.evolutionfacts.com
www.lagrancontroversia.com

www.stepstolife.org

Para Mayor Información Sobre Cursos Bíblicos Gratuitos, Escriba a las Sigüientes Direcciones: